
BOLSILIBROS
ft
Selección
TERROR
LA CABEZA DEL MUERTO
CLARK CARRADOS

De pronto, vio alzarse ante él a una negra sombra y sufrió un fuerte estremecimiento.

—Eh… ¿qué hace aquí? ¿Quién es usted?

El sujeto estaba delante de una lámpara, lo que dejaba su rostro en sombras.

—¿No me reconoces, Vilmorin? —dijo con voz tétrica.

—¿Cómo? —Los dientes de Vilmorin castañetearon—. No… Imposible, tú…, usted… Te guillotinaron…

—Así es. Me cortaron la cabeza. Pero he vuelto de la tumba para vengarme.

El individuo retrocedió un paso y se situó directamente bajo la bombilla, al mismo tiempo que echaba hacia atrás la capa de alto cuello que le cubría. Lleno de terror, Vilmorin pudo ver la delgada línea roja que había en torno a la garganta del desconocido.

—La marca de la guillotina —sonrió el intruso—. Es la misma que tú llevarás dentro de pocos momentos, pero… ¡para siempre!



Clark Carrados

La cabeza del muerto

Bolsilibros: Selección Terror - 11

ePub r1.0

liete 22.12.14

Título original: *La cabeza del muerto*
Clark Carrados, 1973
Diseño de cubierta: xico_weno

Editor digital: liete
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

—Doctor, ¿cree usted que la muerte por decapitación es instantánea?

El interpelado demoró la respuesta unos instantes. Había media docena de hombres reunidos en una bien caldeada estancia, no lejos de la chimenea, en la que ardían unos gruesos troncos, que proporcionaban una singular sensación de bienestar al ambiente.

Fuera, sin embargo, rugía la tempestad de agua, truenos y relámpagos.

Cinco pares de ojos contemplaron con curiosidad al doctor Saumur. Era un hombre de regular estatura, fuerte, membrudo y de pelo que todavía tenía muy pocas canas, a pesar de haber cumplido ya los cincuenta años. Sus atrevidas teorías y audaces experimentos sobre determinados aspectos de la medicina, le habían proporcionado cierta notoriedad, contrapesada por los correspondientes detractores, algunos de los cuales, en sus contradicciones, habían llegado al insulto personal.

—¿Y bien, doctor? —dijo, impaciente, el mismo que había hablado antes—. ¿No tiene nada que respondernos sobre el particular?

—Se dice que los guillotinados conservan el pleno conocimiento todavía durante algunos segundos, después de que su cabeza ha sido separada del cuerpo —habló otro de los contertulios—. ¿Qué opina usted al respecto, doctor?

—Algunos dicen que, incluso, están conscientes durante treinta segundos o más —añadió otro.

—¡Horrible! —murmuró un contertulio—. Saber que la cabeza está separada del tronco, saber que la guillotina le ha cortado ya el cuello a uno… ¡Eso debe de ser espantoso!

—Es un experimento que no me gustaría hacer en lo personal.

Saumur permanecía obstinadamente callado, lo mismo que uno

de los contertulios, un joven bien parecido, de unos veinticinco años, que había terminado no hacía mucho su carrera de Derecho. Jean Guimard se aprestaba en aquellos momentos para ingresar en la policía.

—El conocimiento se conserva mientras el cerebro tiene riego sanguíneo —dijo uno—. Hay sangre en la cabeza de un guillotinado durante unos segundos; por tanto, debe de estar consciente de lo que le ocurre.

—A menos que, previamente, no haya perdido el conocimiento por el *shock* causado por su situación —opinó otro.

Un lívido relámpago brilló en las alturas. A pesar de que la estancia se hallaba brillantemente iluminada, las lámparas palidecieron ante la luz que llegaba de las nubes.

El trueno retumbó segundos después e hizo vibrar los cristales, sobre los que se deslizaba una verdadera cortina de agua. Saumur, con una copa balón en las manos, que agitaba suavemente de cuando en cuando, seguía callado. Guimard no le perdía de vista un segundo y calculó que el doctor estaba sumido en unas reflexiones que, a buen seguro, no tenían nada de agradables.

Los demás contertulios se dieron cuenta de que al doctor Saumur no le agradaba el tema que se había empezado a discutir. Uno de ellos se disculpó:

—Le ruego nos excuse, doctor. Olvidábamos lo que va a suceder dentro de muy pocas horas.

Saumur hizo un ligero gesto con la cabeza. Por fin, rompió el silencio para decir:

—Quizá pueda hablar algún día con pleno conocimiento de causa del tema suscitado y en el que no he querido intervenir. Son ustedes los que han de dispensarme, amigos míos, y harto conocen la causa.

Se llevó la copa a los labios, acabó el contenido y se puso en pie.

—Es desagradable, horriblemente desagradable —añadió—, pero no me queda más remedio que hacerlo. André Bisson no solo fue mi cliente, sino mi amigo, y me pidió que estuviese a su lado en los últimos momentos de su vida. Tengo que hacerlo, caballeros.

Nadie dijo nada. Todos comprendían sobradamente lo que pasaba en el interior de Saumur.

Guimard consultó furtivamente su reloj de pulsera. Eran las

nueve de la noche.

Al condenado le quedaban escasamente ocho horas de vida. A las cinco de la madrugada, una pesada cuchilla de acero, con el filo de una navaja de afeitar, caería a enorme velocidad desde lo alto y segaría su cuello en fracciones de segundo.

Brilló otro relámpago. Se escuchó un nuevo trueno. La lluvia, sin embargo, pareció decrecer un tanto.

—Bien —suspiró Saumur—, en medio de todo, ha sido una velada muy grata. Nos veremos otro día, amigos.

Saumur se marchó. Uno de los contertulios exclamó:

—Pero ¿era realmente Bisson culpable del crimen que se le imputaba?

—Todos los testigos coincidieron unánimemente en sus declaraciones: Bisson realizó el crimen por el cual va a ser guillotinado, mañana, antes del amanecer —dijo otro tajantemente —. Era un buen abogado y tenía notorias razones para estar seguro de lo que decía.

* * *

Una fina llovizna abrillantaba el asfalto cuando el coche del doctor Saumur se detuvo a las tres de la madrugada frente a la puerta principal de la cárcel de la Santé. El doctor se apeó y despidió al chófer.

—Puedes irte, Jacques; ya tomaré un taxi para regresar a casa.

—Bien, doctor.

Había gendarmes en el exterior de la prisión. Los faroles despedían una tétrica luz amarilla, velada a veces por ocasionales hilachas de niebla. La tormenta de la víspera había dado paso a un desapacible temporal. Hacía frío, pero la humedad parecía aún más dañina.

El doctor Saumur se identificó ante el jefe de la vigilancia exterior y los encargados de la puerta. Minutos más tarde, entraba en el despacho del director de la cárcel.

Saumur y el alcaide se conocían casi desde el día en que Bisson fue detenido, para responder de su crimen. El director se mostraba muy serio, ligeramente pálido.

—Doctor, tengo café preparado —dijo, después de los primeros saludos.

—Tomaré una taza, muchas gracias. ¿Cómo está André?

—Bien, resignado, pero sereno. Espero que no flaquee en los últimos instantes. Algunos, es lógico, pierden el valor a última hora y… Su café, doctor.

Saumur removió el azúcar con la cucharilla.

—Es horrible, tener que despedir a un buen amigo en estas circunstancias —murmuró—. Podré verlo, supongo —consultó, después de tomar unos sorbos de su taza.

—Cuando usted guste, doctor. Ah, por cierto, ¿ha traído el documento para que se lo firme Bisson? Será preciso que lo haga en presencia de dos testigos; esto nos ahorrará más tarde inconvenientes legales.

—Sí, aquí lo tengo.

Saumur dejó la taza a un lado y sacó un papel del interior de su chaqueta. El director se puso los lentes y leyó:

> Por la presente, yo, el abajo firmante, dispongo que el doctor Hervé Saumur se haga cargo de mi cuerpo después de que haya sido cumplida la sentencia de muerte dictada contra mí por los Tribunales de Justicia.

—Está en regla, doctor. ¿Cuándo quiere ver al preso?

—Ahora mismo, si no hay inconveniente, señor director.

—Ninguno. Venga conmigo, por favor.

* * *

Después de que los testigos hubieron firmado el documento, salieron de la celda.

Bisson y Saumur quedaron solos, frente a frente.

Bisson sonrió tristemente.

—¿Cuánto me queda, doctor? —preguntó.

Saumur lanzó una ojeada a su reloj.

—Setenta y dos minutos, André —respondió.

—Se me va a hacer el tiempo muy largo —suspiró el reo.

—¿Tienes ganas de que te guillotinen?

—Tengo ganas de que pase todo esto, doctor.

—La impaciencia no acelera el tiempo, André. Me interesa saber si estás animado.

Bisson rió suavemente, a la vez que se pasaba una mano por la cabeza.

—Ya me han cortado el pelo y el cuello de la camisa —dijo—. La hoja de *Madame* no debe encontrar obstáculos en su labor justiciera. Lo único que siento es que no me den algo de anestesia.

—Será muy rápido. No sentirás dolor.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Lo ha experimentado personalmente? Oh, perdóneme, doctor; estoy un poco nervioso. Supongo que usted sabe lo que se dice.

—Sí, André. Será rápido. Eso atenúa siempre la sensación de dolor. Además, perderás el conocimiento muy pronto.

—¿Cuántos segundos, doctor?

Saumur hizo un gesto vago.

—No puedo asegurarte nada, André, pero voy a darte un consejo. Te quedan ya setenta minutos. Piensa solamente en una cosa, con fijeza, obsesivamente incluso. Piensa en que todo saldrá bien. Los experimentos que he realizado sobre el particular lo prueban. Ciertamente —Saumur bajó la voz—, es la primera vez que voy a experimentar con una persona, pero he estado entrenándome, valga la palabra, con animales. Empecé casi a renglón seguido de tu proceso. No fallaré, te lo aseguro.

Los ojos del reo brillaron.

—Estoy seguro de que así será, doctor —exclamó—. Todo saldrá bien, todo saldrá bien…

—Con una condición, André. Me lo tienes que prometer ahora mismo. Júralo por lo que más quieras, pero que sea un juramento solemne. Si no es así, renunciaré a cumplir mi parte en este pacto.

—Lo que usted diga, doctor. Hable.

—Renuncia a tu venganza, André.

Hubo un momento de silencio. Luego, André hizo un gesto afirmativo.

—Renuncio a mi venganza, doctor.

* * *

A las cinco menos diez, los guardianes esposaron a Bisson, colocándole las manos a la espalda. El reo estaba en mangas de camisa solamente. El capellán de la prisión trazó en el aire la señal de la cruz.

La comitiva se puso en marcha, encabezada por el director. Momentos después, llegaban a un pequeño patio.

Bisson se detuvo un instante al ver la siniestra forma de la máquina de matar. Había unos cuantos guardianes de la prisión en torno a la guillotina.

El director se había quedado ya atrás. Dos hombres, vestidos de negro, se hicieron cargo del reo.

Eran los ayudantes del verdugo, *Monsieur de Paris*, en el lenguaje popular, *l’Executeur des Hautes Oeuvres*, en términos forenses. Los ayudantes empujaron a Bisson con cierta medida violencia hacia la guillotina. Bisson tenía los pies ligados y caminaba muy mal.

De pronto, uno de los ayudantes le empujó por los hombros. Bisson cayó sobre una tabla inclinada, que basculó en el acto. Fue un tropezón hábilmente provocado, facilitado por las ligaduras que unían los tobillos del reo.

El otro ayudante bajó el cepo que sujetaba el cuello de Bisson. Durante un segundo, Bisson tuvo tiempo todavía de ver el cesto lleno de serrín que tenía bajo sus ojos. Luego oyó un ligero chasquido.

Monsieur de Paris había accionado el resorte. La cuchilla, con su peso añadido de sesenta kilos, bajó como un relámpago de plata, que parecía amarilla al reflejar la luz de los faroles del patio. Se oyó un fuerte zumbido y luego un seco golpe.

A Bisson le pareció que sentía un frío horrible en el cuello.

CAPÍTULO II

Todavía sentía el frío en el cuello cuando abrió los ojos.

La voz del doctor Saumur llegó a sus oídos.

—No te muevas, André. No hables en absoluto. Si te pregunto algo, mueve los párpados. Una vez, sí; dos veces, no. ¿Entendido?

Bisson parpadeó una vez. Saumur, inclinado sobre su paciente, que estaba cubierto por una sábana hasta la barbilla, sonrió.

—Tendrás que estar todavía muchos días aquí —continuó—. Una herida como la tuya no cicatriza en un par de semanas. ¿Te duele? —preguntó.

Bisson permaneció con los ojos abiertos. Saumur entendió que debía preguntarle otra cosa.

—No mucho, ¿verdad?

«Sí», dijo Bisson silenciosamente.

—Sientes una extraña sensación, como de frío, ¿eh?

Respuesta afirmativa. El doctor sonrió satisfecho.

—Pasarán bastantes días antes de que puedas moverte de ahí —continuó—. En ese tiempo, tu inmovilidad será absoluta, so pena de echarlo todo a perder. A fin de que no hagas un movimiento impensado, te pondré una fuerte abrazadera en torno a la frente y otra sobre el pecho, por debajo de los sobacos.

»Brazos y piernas estarán igualmente amarrados. Es preciso no hacer la menor imprudencia, que pudiera comprometer el éxito de la operación. La alimentación será por vía intravenosa, lógicamente. Aun así, luego, cuando ya estés en situación de moverte, comerás con grandes precauciones, hasta que… la "soldadura" se encuentre en perfectas condiciones.

»En esta casa, estamos tú y yo solos —siguió Saumur—. Yo me cuidaré exclusivamente del laboratorio, que es donde tú te encuentras. Una mujer vendrá a hacer la limpieza arriba; es necesario, para que nadie sospeche. Pero la entrada a este

laboratorio es secreta y está disimulada tras una pared de ladrillo. Tu tranquilidad, al respecto, debe ser, pues, absoluta.

»Ahora te pondré una inyección sedante. Dormirás doce horas. Vendré de cuando en cuando a vigilar tu estado. Ah, y cuando te encuentres un poco mejor, aun cuando no puedas moverte todavía, instalaré un televisor para que te distraiga. Por supuesto, nada de leer por ahora. ¿Entendido?

Bisson dijo que sí con los párpados y luego cerró los ojos. ¡Ah, cómo le habría gustado poder saltar de la cama, dando alaridos de júbilo!

Pero no había prisa. Tiempo llegaría en que pudiera saltar, correr y gritar de júbilo.

Y también habría tiempo para la venganza.

* * *

Cuatro semanas después, el doctor Saumur apartó la sábana y empezó a quitar la venda que cubría el cuello de Bisson.

Al terminar la operación, hizo un ligero gesto de contrariedad.

—Temo que, a pesar de todo, quedará una ligera cicatriz —dijo —. Pero con llevar un cuello alto o una bufanda de seda, bastará. ¿Te duele?

Bisson hizo dos parpadeos.

Saumur sonrió.

—No sabes cuánto me alegro. André, estás bastante delgado y tu recuperación no será cosa de un día. Antes de que puedas siquiera sentarte en la cama, pasarán otras cuatro semanas. Dos más y te levantarás por primera vez, solo para sentarte en un sillón…

Bueno, tú mismo te imaginas de sobra que ha de ser una convalecencia muy larga. Pero ¡qué diablos!, tienes treinta y seis años y siempre fuiste un hombre robusto. Volverás a serlo, te lo garantizo.

Saumur hizo una pausa y sacó un cigarrillo. Fue a encenderlo, pero reparó en el paciente y se echó a reír.

—Perdona, amigo mío, ya sé que hay cosas que te causan envidia en estos momentos —dijo—. Ya fumaré arriba y… ¿Quieres decirme algo?

Bisson parpadeó afirmativamente. De pronto, el médico se dio cuenta de que una mano se agitaba bajo las sábanas.

Saumur frunció el ceño. Destapó al paciente y se fijó en su mano, que había adoptado la posición ideal de escritura.

—Ah, quieres decirme algo por escrito —adivinó—. Todavía no, André; no hay nada más urgente ni importante que tu convalecencia. Te dejaré escribir una línea dentro de dos semanas.

El doctor Saumur fue puntual. Quince días más tarde, todavía con grandes dificultades, que indicaban que la coordinación entre nervios y músculos no era aún perfecta, Bisson escribió:

> Quiero cambiar de rostro y de personalidad.

Saumur frunció el ceño. Empezaba a sospechar los propósitos de su paciente.

—André, recuerda que hiciste un juramento —dijo.

«Sí», contestó Bisson silenciosamente.

Y una semana después, cuando ya podía escribir un poco más, después de reiterar su petición, añadió:

> No voy a ir por la calle con mi antigua fisonomía y mi nombre auténtico, ¿verdad?

Saumur asintió. Sí, Bisson tenía razón.

—Haré lo que pueda, aunque yo no he practicado nunca la cirugía estética —alegó.

Bisson escribió:

> Quien ha sido capaz de resucitar a un guillotinado y ponerle en condiciones de desempeñarse como una persona normal, ¿no va a ser capaz de cambiarle las facciones, aunque solo sea un poco?

Saumur rió suavemente.

—Tienes razón, mi buen amigo —dijo—. Hoy mismo empezaré a estudiar las técnicas de la cirugía estética. Creo que con arreglarte un poco las cejas… La nariz es algo prominente y tus orejas son también algo grandes. A mi entender, esos son los tres puntos fundamentales de tu fisonomía. Luego, con un gran bigote, bastará.

Tú siempre ibas rasurado… incluso puedes dejarte barbita; eso cambia siempre mucho la apariencia. Pero, sobre todo las cejas, que son muy espesas, y la punta de la nariz. Con esos cambios, no habrá nadie que te reconozca. Ah, y a propósito, ¿qué nombre quieres adoptar a partir de ahora?

Bisson escribió:

> Ya se lo diré otro rato.

* * *

La chica era alta, rubia y poseía una silueta escultural. Parecía hallarse en apuros y el conductor que la vio, sintió inmediatamente deseos de ayudarla.

Jean Guimard aparcó el coche a un lado, cortó el contacto y saltó al suelo. Después, se acercó a la joven.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —se ofreció.

Ella le dirigió una sonrisa encantadora.

—El fabricante de esta marca de automóviles asegura que hay noventa caballos en el motor. Yo diría que son noventa mulas, por lo testarudas; se han parado todas a la vez y ninguna quiere echar a andar —contestó.

Guimard soltó una alegre carcajada.

—Posee usted un acusado sentido del humor, señorita —dijo—. Yo soy abogado y no entiendo mucho de motores. Miraré el suyo y si veo que no consigo nada, la llevaré en mi coche hasta donde usted me indique. A propósito, me llamo Jean Guimard.

—Mildred Wylie —se presentó ella.

—Inglesa, claro —dijo Guimard, mientras se inclinaba sobre el motor del coche.

—Sí, de Londres.

—Y está en Francia de vacaciones.

—No, resido aquí. Soy escritora y pintora. Londres es muy sombrío. Francia me encanta.

—Gracias, por la parte que me toca como francés, pero hay países con mejores climas, señorita Wylie.

—Ya lo sé. Algún día iré al Sur. De momento, prefiero permanecer un par de años en Francia.

—Independiente, ¿eh?

—Simplemente, de acuerdo con la época en que me ha tocado vivir —respondió Mildred—. Además, creo que ya soy mayorcita para volar sin ayuda.

Guimard la dirigió una mirada de reojo.

—Lástima de par de alas blancas —murmuró—. Parecería un ángel.

—Ah, de modo que sin alas no parezco un ángel. Entonces, ¿cómo me ve, abogado?

—Como una chica preciosa, sinceramente. —Guimard se irguió de pronto—. Lo siento, yo tampoco encuentro la avería. Pero mi coche está a su entera disposición, señorita Wylie.

—Tendré que aceptar su generoso ofrecimiento. A decir verdad, no voy demasiado lejos. He sido invitada a pasar un par de semanas en Château Resignon. ¿Lo conoce usted?

—¿Resignon? Oh, por supuesto, pero de castillo tiene solo lo que la imaginación de su dueño le quiso conceder.

—Eso significa que conoce a Michel Vilmorin, señor Guimard.

—Superficialmente tan solo. No he tenido apenas trato con él, a pesar de que yo resido bastante cerca, a unos seis kilómetros, en una casa de campo que pertenece a mis padres y en la que suelo pasar muchos fines de semana. De todas formas, Château Resignon es una residencia muy lujosa y donde usted se sentirá muy a gusto. Los alrededores son preciosos y… Por favor, si me permite, trasladaré su equipaje a mi coche.

—Sí, con mucho gusto, señor Guimard.

—Michel se encargará de enviar a su mecánico para que vea su automóvil —dijo Guimard en el momento de arrancar—. Y si un día quiere venir a tomar el té en mi casa, será bien recibida, señorita Wylie.

—Será un placer aceptar su invitación, abogado —sonrió ella.

* * *

Una semana después, desde la ventana de su casa, Jean divisó

una silueta que se movía ágilmente por los campos. En el primer momento, le pareció un hombre, puesto que usaba pantalones, pero no tardó en advertir ciertas diferencias anatómicas pectorales, además de una frondosa cabellera dorada, que le hicieron salir de su equivocación.

Guimard se puso en pie y dejó a un lado el legajo de documentos que estaba estudiando. Se dirigió hacia la puerta y salió al encuentro de la bella visitante.

Mildred le tendió una mano con gesto franco y sincero.

—Vengo a tomar el té, abogado —dijo—. Es decir, si mantiene todavía en pie su invitación.

—Nunca me retracto de ciertas promesas —contestó él—. Entre, por favor, señorita Wylie; Basilée, mi vieja sirvienta, nos servirá el té.

—Yo creí que estaría usted aquí con sus padres —se sorprendió Mildred.

—Están de viaje en el extranjero. Yo no puedo salir; tengo trabajo. Incluso me he traído un sumario para estudiarlo; es un caso de cierta importancia y quiero estar preparado cuando me llegue el turno de actuar ante el tribunal.

—Sí, ya me han dicho que es usted un abogado que empieza a adquirir cierta notoriedad. ¿Le gustan los casos criminales, señor Guimard?

—Bastante, a decir verdad, aunque no limito mis defensas solamente a causas criminales. Soy un poco ecléctico como abogado, ¿comprende?

—Sí, desde luego.

Basilée trajo la mesita con el servicio de té y se marchó. Los dos jóvenes quedaron nuevamente a solas.

Al cabo de unos momentos, reanudaron la conversación, después de un par de tazas de té. Ella dijo:

—He oído hablar que Château Resignon perteneció a un hombre que murió guillotinado hace un par de años. ¿Qué sabe usted al respecto, señor Guimard?

—Ah, se lo han dicho ya —sonrió él.

—Fue un comentario casual de uno de los invitados, un tal Jacques Duvalier —explicó Mildred—. Parece que al dueño de Resignon no le gustó nada el comentario.

—Se comprende. Michel Vilmorin fue uno de los testigos que, con su declaración, contribuyó a que André Bisson fuese ejecutado.

CAPÍTULO III

Guimard ofreció un cigarrillo a su visitante. Después de las primeras bocanadas de humo del suyo, continuó:

—A Bisson se le guillotinó, acusado de la muerte de su esposa y de su amante. Hubiera podido tener atenuantes, pero se le comprobó plena premeditación; no fue un asesinato a sangre caliente, en un arrebato pasional. Lo preparó durante largo tiempo y eso fue lo que le perdió.

—Además de no haber sabido preparar el asesinato perfecto —sonrió Mildred.

—Justamente. No solo no hizo un crimen perfecto, sino que lo presenciaron varias personas, Vilmorin una de ellas.

—Extraño —comentó ella—. ¿Cómo es que Bisson no buscó la ocasión de soledad? De la pareja, naturalmente.

—Oh, la pareja sí estaba sola. Y él lo había preparado así, pero resultó que la señora Bisson había invitado, además, a media docena de amigos. Y esos amigos lo vieron todo.

Mildred se quedó pensativa durante unos momentos.

—Debe de ser horrible morir en la guillotina —dijo al cabo.

—Morir ejecutado por la ley, siempre es horrible, señorita Wylie.

—Sí, es cierto —convino ella—. ¿Era Vilmorin pariente de Bisson?

—No lo sé, no me he preocupado de ello. Supongo que Resignon sería puesto a la venta y que Vilmorin lo adquirió. Por supuesto, Bisson era un hombre riquísimo.

—¿Joven?

—Unos treinta y seis años. Fuerte, apuesto… Bien, estaba en lo mejor de la vida cuando la cuchilla fatídica segó su cuello.

Mildred se estremeció.

—No hablemos más de eso… aunque no puedo dejar de

señalarle una cosa que me preocupa en cierto modo —dijo.

—¿De qué se trata, señorita Wylie?

—Vilmorin. He visto un retrato suyo tomado hace tres años. Era un hombre bien parecido y ahora está siempre pálido y con el rostro demacrado. Le tiemblan las manos y… Bien, yo diría que bebe demasiado, aunque no en presencia de testigos.

—No sé qué decirle —contestó Guimard—. Usted ya sabe que no me relaciono con él. Pero imagino que ese es un asunto personal, creo que ya me entiende.

—Sí, desde luego. Cuando se mencionó la ejecución de Bisson, Vilmorin se puso lívido. Yo… no estoy en condiciones de afirmar nada, pero juraría que Vilmorin siente remordimientos.

—¿Por haber declarado la verdad? No, mujer; si uno ha sido honesto, no tiene por qué sentir remordimientos.

—¿Y si Bisson fue condenado injustamente?

—Entonces, la cosa sería ya distinta, porque la pena que se le aplicó fue irremediable. Si hubiese sido indultado, siempre habría tiempo de una revisión del proceso. También ahora, claro, pero a un hombre que lleva dos años en la tumba, la rehabilitación de su buen nombre debe importarle un pepino, dicho sea con la debida crudeza y pidiéndole a usted perdón por hablar así.

—Me gusta la sinceridad —dijo Mildred—. Pero, de todas formas, una revisión podría hacer que se encontrase al verdadero culpable.

—Dudo mucho de que el Alto Tribunal de Casación accediera siquiera a ello. Sería preciso presentar pruebas irrefutables… y las que se presentaron en el juicio, lo eran, pero contra Bisson.

Mildred suspiró.

—Entonces, no hay nada que hacer —dijo.

—Pero ¿por qué se preocupa usted tanto? —Sonrió Guimard.

—¡Qué sé yo! Quizá podría escribir un libro sobre el particular…, pero no me haga demasiado caso.

Mildred se puso en pie.

—He pasado una tarde muy agradable —aseguró.

—Me gustaría verla de nuevo, señorita. Aquí, en París o… Bueno, donde sea.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—¿Por qué no? —contestó.

Se encaminó hacia la salida. Guimard se emparejó con ella.

—Es ya un poco tarde. Si vuelve a pie a Resignon, se le hará de noche. Yo la llevaré en mi automóvil —indicó.

—Acepto —contestó Mildred con naturalidad.

* * *

La mano de Michel Vilmorin temblaba al inclinar la botella sobre el vaso. Se oyó un ligero tintineo, pero no cayó una sola gota de líquido.

Vilmorin maldijo entre dientes. Fue a llamar a los criados, pero se dio cuenta de que era ya demasiado tarde.

Estarían dormidos. Y él tenía unos horribles deseos de beber.

Beber… El alcohol no le daba fuerzas, antes se las quitaba…, pero le sumía en un piadoso olvido.

Con todo el cuerpo tembloroso por el deseo de la bebida, se puso en pie. No, no hacía falta despertar a los criados. Bajaría a la bodega y se subiría media docena de botellas.

Luego se emborracharía como un cerdo; sí, lo sabía, pero era el único remedio que conocía para olvidar.

¡Olvidar! Tenía mucho que olvidar. Había conseguido la riqueza, pero no la tranquilidad de su espíritu. Sentía mil tormentos mentales. Ahora se arrepentía de lo que había hecho, pero ya era tarde: Bisson había sido guillotinado.

Sí, estaba muerto. La carta que había recibido era obra de un bromista…

O de un chantajista en potencia. Pero le había asustado muchísimo.

Allí estaba la carta, con el mensaje escrito en grandes caracteres, con una extraña tinta fluorescente, que daba a las letras resplandores de fuego:

> NO ESTOY MUERTO. VOLVERÉ PARA VENGARME DE LOS QUE ME ENVIARON A LA GUILLOTINA. TÚ EL PRIMERO.

Con paso inseguro, abandonó el dormitorio y descendió al vestíbulo. Allí, bajo una escalera, con barandilla de piedra labrada,

estaba la puerta que conducía a la bodega.

La bodega era muy grande. A los antepasados de Bisson les había gustado tener siempre un abundante surtido de vinos, y licores. Además, la habían construido con todas las reglas del arte: excavada en la roca viva y a gran profundidad, a fin de que nunca hubiese corrientes de aire y la temperatura y la humedad se mantuvieran siempre a unos mismos niveles.

Había casi veinte metros desde el vestíbulo al suelo de la bodega. Las bombillas estaban cubiertas de telarañas, lo mismo que gran parte de las botellas. Había también muchas barricas de roble que contenían vinos finos, en las que se añejaban. El suelo era de tierra apelmazada. Al fondo había un pequeño túnel, de unos diez metros de largo, por tres de ancho y otro tanto de altura, restos de una ampliación que no había sido completada.

Vilmorin agarró una botella. De pronto, vio alzarse ante él a una negra sombra y sufrió un fuerte estremecimiento.

—Eh… ¿qué hace aquí? ¿Quién es usted?

El sujeto estaba delante de una lámpara, lo que dejaba su rostro en sombras.

—¿No me reconoces, Vilmorin? —dijo con voz tétrica.

—¿Cómo? —Los dientes de Vilmorin castañetearon—. No… Imposible, tú…, usted… Te guillotinaron…

—Así es. Me cortaron la cabeza. Pero he vuelto de la tumba para vengarme.

El individuo retrocedió un paso y se situó directamente bajo la bombilla, al mismo tiempo que echaba hacia atrás la capa de alto cuello que le cubría. Lleno de terror, Vilmorin pudo ver la delgada línea roja que había en torno a la garganta del desconocido.

—La marca de la guillotina —sonrió el intruso—. Es la misma que tú llevarás dentro de pocos momentos, pero… ¡para siempre!

Helado de pavor, Vilmorin cayó de rodillas, extendiendo las manos en actitud suplicante.

—Perdóname, André… No sabía lo que me hacía… Te lo juro… Déjame vivir… Te devolveré todo lo que era tuyo…

Se oyó una siniestra carcajada.

—El oro no sirve de nada a los muertos —sonó la voz de la negra sombra.

Avanzó un par de pasos. Vilmorin no podía moverse. Le parecía

soñar, hallarse bajo el influjo de una horrible pesadilla. De pronto, vio dos manos de largos dedos que avanzaban hacia su cuello.

Aquellas manos estaban frías, horriblemente frías… Parecían de hielo. Vilmorin quería gritar, pero la voz no pasaba a través de su garganta.

* * *

Francine, la anciana ama de llaves de Resignon, se extrañó aquella mañana de que su señor no pidiese el desayuno. Claro que la mayoría de las noches se acostaba borracho perdido, cosa que disgustaba extraordinariamente a la buena Francine, pero, aun así, era raro que a las doce del mediodía no hubiese dado señales de vida.

Refunfuñando entre dientes y echando pestes acerca de los hombres con una excesiva inclinación al alcohol, Francine subió las escaleras que conducían al primer piso.

Renqueaba un poco; los años no pasaban en balde y ya empezaba a notarlo en aquel maldito reuma de su rodilla derecha.

Llamó a la puerta del dormitorio, pero nadie contestó.

—Me gustaría tener treinta años menos y ser la esposa del señor —rezongó Francine—. Le echaría una buena jarra de agua en la cara y…

Francine abrió y entró. Las cortinas impedían el paso de la luz y lo primero que hizo fue descorrerlas.

—Buenos días, señor —dijo en voz alta, con intención de despertar al durmiente que estaba en el lecho—. Es hora ya de que se levante, señor; hace un día estupendo y…

Vilmorin no contestó. Yacía sobre la cama, boca arriba, con los ojos cerrados, completamente inmóvil.

—La ha pillado buena —rezongó Francine.

Se acercó a la cama, grande, con dosel, y se inclinó sobre el durmiente.

—Vamos, vamos, señor; ya es hora…

Pero Vilmorin continuaba quieto. Extrañada de su inmovilidad, temiendo quizá un síncope, Francine le dio un par de palmadas en la mejilla, con ánimo de despertarle.

La cabeza rodó a un lado, separada del resto del cuerpo. Francine retrocedió, a la vez que lanzaba un chillido horroroso.

Luego hizo algo enteramente lógico en una mujer y en semejantes circunstancias: se desmayó.

CAPÍTULO IV

Mildred estaba en su habitación, tomando unos apuntes en su libreta de dibujo, cuando oyó el alarido. Después, percibió un sordo golpazo.

La muchacha se olvidó instantáneamente del bello paisaje que se divisaba desde la ventana de su cuarto. Dejó su cuaderno y los lápices a un lado y corrió hacia la salida.

Se asomó a la puerta. Un poco más allá, vio otra entreabierta.

Era la del dormitorio del dueño de Resignon. El grito parecía haber salido de allí.

Abajo se oían voces de alarma de los invitados y la servidumbre. Mildred corrió hacia el dormitorio de Vilmorin y terminó de abrir la puerta.

Lo primero que vio fue el cuerpo inanimado de Francine. Se acercó con ánimo de socorrerla, pero entonces divisó algo que le hizo dudar del buen estado de sus sentidos.

Mildred se tapó los ojos. Desesperadamente, contuvo los deseos que sentía de ponerse a chillar. Detrás de ella sonaron voces, pero apenas si hizo caso de las exclamaciones de espanto que sonaban.

Uno de los invitados se acercó a la cama y retrocedió, acometido por fuertes náuseas.

Mildred dio media vuelta, salió y se apoyó en la pared.

Durante unos momentos, todo giró vertiginosamente a su alrededor. Luego, poco a poco, se impuso la cordura.

Invitados y servidumbre estaban desconcertados. Todos proponían diversas soluciones, pero ninguno de ellos acertaba a hacer nada práctico.

Mildred reaccionó.

—Francine está desmayada solamente —dijo desde la puerta—. Sáquenla de ahí. Yo me ocuparé de avisar a la policía.

Echó a correr hacia abajo, donde sabía que había un teléfono.

De repente, concibió una idea.

Descolgó el teléfono y llamó:

—Telefonista, por favor, póngame con la residencia del abogado Guimard. Es muy urgente.

El teléfono no era automático en Resignon, de modo que hubo de esperar unos segundos antes de que, al fin, se hubiese establecido la ansiada comunicación. Cuando oyó la voz de Guimard, tuvo que dejar escapar el aire largamente contenido en sus pulmones.

—¿Abogado? Soy Mildred. Por favor, tenga la bondad de venir inmediatamente; ha ocurrido algo espantoso. ¿Cómo? No, lo siento, pero no puedo decírselo por teléfono.

Ahora mismo voy a llamar a la policía… Pero procure llegar antes que ellos. Gracias, señor Guimard.

Mildred llamó de nuevo a la central y ordenó a la telefonista de que avisara a la policía, indicándole tan solo que sucedía algo grave en la mansión. Luego, un tanto recobrada, volvió al piso superior.

Los invitados permanecían todavía en el pasillo. Dos de ellos estaban en el dormitorio, contemplando morbosamente el decapitado cadáver.

—Será mejor que vuelvan a sus habitaciones y esperen la llegada de la policía —dijo Mildred con voz firme—. Por favor, no toquen nada; a los agentes no les gustaría.

Momentos más tarde se quedaba sola. Estremeciéndose de horror, volvió a mirar el cuerpo de Vilmorin.

Era una visión espeluznante. El cuerpo se hallaba en el centro de la cama, en una posición enteramente normal. Pero la cabeza estaba a un palmo a su derecha, ladeada, casi con los ojos hundidos en la sábana que cubría el colchón.

De pronto, Mildred divisó algo que llamó su atención. Se acercó a la mesa y vio la carta recibida la víspera por el dueño de Resignon.

La lectura del contenido de la misiva le hizo sentir un fuerte escalofrío. Una broma macabra, indudablemente, pero que había sido ejecutada hasta sus últimas consecuencias.

* * *

El médico de Resignon, en funciones de forense, examinó atentamente el cadáver y luego se volvió hacia el cabo Mathieu.

—Tendrá que llamar a sus superiores, cabo —dijo—. A simple vista, es un caso más complicado de lo que parece.

—Emplearon un cuchillo, ¿no es así, doctor?

—Un instrumento cortante muy afilado y usado con asombrosa precisión y rapidez.

Si…, si no fuese porque es una posibilidad que se debe excluir por completo, yo diría que este hombre ha sido guillotinado. Por supuesto, no he visto nunca el cadáver de un reo, después de su ejecución, pero la limpieza del corte es…

El cabo Mathieu, que se sentía muy impresionado, se puso una mano delante de la boca.

—Por favor, doctor, ahórrese detalles —rogó, muy pálido.

El galeno cubrió con la sábana cuerpo y cabeza.

—Pero hay algo que me extraña —dijo.

—Sí, doctor.

—La herida es fresca, por supuesto… quiero decir que la decapitación se ha producido esta misma noche, entre doce y dos de la madrugada. Y sin embargo, no hay la menor señal de sangre. Por supuesto, el cuerpo estaba completamente desnudo, lo que significa que, si sus ropas se mancharon, el asesino se las quitó y las arrojó a un lugar desconocido por el momento.

—¿Quiere decir que el asesino esperó a que su víctima se hubiese desangrado por completo?

—Prácticamente, así fue; las cuatro o cinco gotas que se ven en la cama no tienen ninguna importancia. Pero, repito, esto es cosa de una investigación superior, cabo Mathieu, y más, después del mensaje amenazador que se ha encontrado en esta habitación.

Mathieu asintió.

—Llamaré al capitán Leducq. Seguramente, él pedirá el concurso de la Sûreté de París —contestó—. Vistas las circunstancias, temo que no va a quedar otro remedio que hacerlo, pero, en último caso, la decisión está en manos de mi capitán.

El galeno asintió. Recogió su maletín y salió de la tétrica estancia, seguido de Mathieu, quien, en el acto, cerró con llave.

Huéspedes y sirvientes aguardaban en el pasillo.

—Por favor, señores, no abandonen Resignon hasta nueva orden

—rogó—. La servidumbre cuidará de ustedes hasta que alguien con más autoridad que yo les dé permiso para marcharse.

De pronto, Mathieu reparó en una cara conocida.

—¡Hola, *maître* Guimard! ¿También era usted huésped del castillo? —exclamó.

—Oh, no, en absoluto. Simplemente, conozco a la señorita Wylie y ella me llamó al conocer lo ocurrido. Pero estoy a su entera disposición, cabo, para cualquier cosa que me pueda necesitar.

—Gracias, abogado. Ahora voy a visitar al capitán Leducq; este asunto, así, de entrada, me parece endiabladamente complicado.

Guimard y Mildred se apartaron de los restantes huéspedes.

—Abogado, ¿qué opina usted de la carta que recibió Vilmorin? —preguntó ella.

—Por supuesto, Bisson no pudo ser. No olvidemos que murió guillotinado hace tres años. Podría decirse que el asesino tiene un excelente sentido del humor…, si no fuera porque también sabe cortar una cabeza con mucha habilidad.

—Demasiada habilidad —se estremeció ella—. ¿Por qué lo asesinaron?

Guimard se encogió de hombros.

—Opino que la carta es una cortina de humo —respondió—. Me refiero a que, lógicamente, el asesino trata de ocultar su identidad. Pero ¡puede haber tantos motivos! Vilmorin no tenía un carácter muy agradable… ¡Oh, sí, con ustedes, sus huéspedes, y puesto que solo iban a estar en Resignon unos pocos días, se portaba con toda amabilidad y con las debidas consideraciones! Pero de haber seguido usted a su lado durante más tiempo, habría acabado por descubrir su verdadera forma de ser. Y no le habría gustado, créame.

—Así, pues, opina que algún resentido…

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta, Mildred. Si a ello añadimos que Vilmorin era un impenitente aficionado al bello sexo, quizá tengamos más motivos del crimen.

—¿Algún marido celoso?

—Pudiera ser. Estas cosas no suelen suceder a menudo hoy día, pero ocurren de cuando en cuando.

Guardaron un momento de silencio. Luego, de pronto, Mildred exclamó:

—Abogado, ¿es completamente seguro que Bisson murió guillotinado?

—Supongo que no suplantarían su personalidad en el último instante —sonrió Guimard—. Pero de una cosa estoy seguro: yo leí la noticia de la ejecución en los periódicos, en la misma tarde del día en que se cumplió la sentencia de muerte.

* * *

Por la tarde, Guimard vio venir hacia sí a una persona muy conocida. Estaba en la ventana de su sala, con un legajo sobre las rodillas y la pipa entre los dientes, y se levantó en el acto, para recibir a su visitante.

—Ya me han dejado salir de Resignon —manifestó Mildred, apenas estuvo frente al joven.

—Lo celebro. Entre y tomaremos una taza de té. ¡Basilée!

El ama de llaves apareció casi en el acto. Guimard le pidió que sirviera el té y luego señaló un cómodo sillón a la muchacha.

—Lamento tener que dejar Resignon —suspiró Mildred—. Es un lugar tan encantador… Me convenía en todos los sentidos; está algo apartado, hay mucha quietud y silencio, elementos ideales para escribir, y luego sus paisajes… ¡Son tan hermosos! He tomado una cantidad enorme de apuntes en estos días…

—Le voy a proponer una solución, Mildred —dijo Guimard—. Yo tengo que volver mañana a París; a fin de cuentas, mi trabajo está allí. ¿Por qué no se queda en mi casa? Basilée cuidaría de usted. Y lo haría muy bien, se lo garantizo. Es una cocinera estupenda… aunque no me gustaría que dentro de dos semanas tuviese que comprarse usted vestidos más anchos.

Mildred se echó a reír.

—No paso cuidados con mi línea —respondió—. Pero su oferta me parece…

—¿Insincera?

—Excesiva.

—Acéptela sin ninguna clase de remilgos, Mildred. Usted vino a pasar aquí una temporada y debe llevar sus planes a buen puerto.

Ella le dirigió una encantadora sonrisa.

—Me está poniendo las cosas tan atractivas, que no voy a tener otro remedio que aceptar —contestó.

En aquel momento, y antes de que Guimard pudiera decir nada, llamaron a la puerta.

* * *

Guimard sonrió al reconocer a su visitante. Era el capitán Henri Leducq, de la Gendarmería, buen amigo suyo y conocido de la familia desde hacía muchísimos años.

—Hola, Henri —saludó—. Es una agradable sorpresa tenerte en casa, aunque ya me imagino que no vienes por motivos agradables. Entra y te presentaré a una encantadora representante del Reino Unido.

Leducq, cuarenta años bien llevados, se quitó el kepis y cruzó el umbral. Se acercó a la joven y le besó galantemente la mano. Luego se volvió hacia el dueño de la casa.

—Jean, tengo necesidad de hablar contigo —manifestó.

Mildred se puso en pie.

—Siendo así, me iré…

—Por favor, quédese, señorita —rogó el capitán de gendarmes —. Tengo entendido que fue usted la primera que vio el cadáver de Michel Vilmorin.

—Exactamente no fue así. La primera en verlo fue el ama de llaves, que había ido a despertarlo —puntualizó la joven—. Yo oí un chillido de espanto y luego el ruido de su cuerpo al caer desmayada. Mi dormitorio estaba muy cerca del de Vilmorin y por eso acudí corriendo, muy alarmada por aquellos ruidos. Entonces fue cuando me encontré con ese horrible cuadro…

—Comprendo, señorita. Debió de ser un golpe muy fuerte para usted.

—Imagínese, capitán. Nunca me había encontrado en una situación semejante. Todavía me estremezco al recordar esa espantosa visión.

—No me cabe la menor duda. ¿Puedo preguntarle si leyó usted la carta amenazadora que Vilmorin había recibido la víspera?

—Sí. Estaba sobre la mesa y la leí, pero no toqué el papel ni el

sobre, que estaba al lado, casi rasgado por completo.

—Una actitud muy encomiable. —Leducq se volvió hacia el abogado—. ¿Qué opinas tú, Jean?

Guimard estaba muy ocupado en cargar su pipa de nuevo.

—Seis testigos acusaron a Bisson del crimen —contestó—. Sus declaraciones lo enviaron a la guillotina. Resignon era de Bisson y ahora pertenecía a Vilmorin. Si los testigos mintieron, ¿qué beneficio sacaron de sus falsas declaraciones?

—Un punto de vista muy acertado, sobre todo, si se tiene en cuenta que Bisson poseía una fortuna inmensa —convino Leducq.

—Pero Bisson no ha podido venir de su tumba a vengarse.

—Quizá lo ha hecho alguien que lo quería mucho.

—¿Una mujer? —sugirió Mildred.

—Tal vez —contestó Leducq.

—¡Imposible! —exclamó Guimard—. Bisson estaba enamoradísimo de su esposa. No creo que tuviese una amante…

—¡Caramba! —dijo Mildred con acento irónico—. Hay enamoramientos absurdos…, porque absurdo es querer infinitamente a una mujer y luego asesinarla.

—Bisson encontró a su esposa en compañía de otro hombre y en una situación muy crítica —declaró Guimard.

—Pero no los mató entonces, en el acto, sino muchísimo después, a sangre fría y después de haber planeado el crimen hasta en sus menores detalles. Esta fue la agravante que le condujo a la guillotina —intervino Leducq.

—Bien; de todas formas, creo que estamos discutiendo sobre un tema en cierto modo de escasa importancia —dijo Guimard—. Lo que interesa ahora es, dicho sea con una pregunta clásica, ¿quién mató a Vilmorin?

—El autor de la amenaza escrita —contestó Mildred vivamente.

—¡Pero no pudo ser Bisson, porque está muerto!

—Lo siento —dijo Leducq—. En mi oficina tengo muestras de letras de Bisson, pertenecientes a algunas denuncias que formuló en el pasado contra cazadores furtivos. Algunos de los rasgos del mensaje son, a juicio de mi perito calígrafo, idénticos a otros de distintas letras de esos escritos que yo guardo archivados en mi oficina.

CAPÍTULO V

Aquel día, Guimard había tenido que quedarse en su despacho hasta más tarde de lo habitual. Estaba sumido a fondo en el examen de un legajo cuando, de pronto, oyó que llamaban a la puerta.

Estaba solo y tuvo que levantarse a abrir. Un hombre de cierta edad, vestido con impermeable y sombrero hongo, apareció ante sus ojos.

—¿Abogado Guimard? Soy el inspector Michelis, de la Sûreté —se presentó el individuo.

—Celebro conocerle, inspector —sonrió Guimard—. Tenga la bondad de pasar.

Michelis se quitó el sombrero. Guimard le ofreció cigarrillos, a la vez que le indicaba un sillón.

—Deseo hablarle del asunto Vilmorin, abogado —manifestó Michelis, después de haber encendido su cigarrillo—. Usted estaba en Resignon cuando sucedió el hecho.

—En efecto. Incluso vi el cadáver decapitado de Vilmorin.

—Fue uno de los testigos principales en el proceso contra André Bisson. Pero también uno de sus más importantes beneficiarios. Bisson era, como suele decirse, riquísimo.

—Cinco personas más también resultaron beneficiadas por ese guillotinamiento. La fortuna de Bisson se dividió en seis partes, pero si a mí me hubiese tocado una sola, no tendría que trabajar el resto de mis días.

Michelis sonrió.

—Estoy de acuerdo con usted, *maître* Guimard —dijo—. Pero de lo que quisiera hablar en estos momentos es de las circunstancias que concurrieron en el crimen. Ya sabe, el menor detalle puede tener suma importancia, etcétera.

—Sí, claro. Si puedo ayudarle en algo, lo haré con mucho gusto.

—He hablado con el capitán Leducq. Tengo informes de que es

un competente oficial de la gendarmería.

—Le conozco desde hace más de veinte años. Claro que entonces yo tenía diez y él ya había cumplido veintidós. Es un buen amigo de mi familia, inspector.

—Leducq me ha dicho que Vilmorin recibió una carta, la víspera de su muerte. Usted la leyó, creo.

—Sí, aunque sin tocarla en absoluto del lugar en que la había dejado la víctima.

—Una de las tesis que sostiene Leducq es que ciertos rasgos de la letra de esa carta son idénticos a las de otros escritos de Bisson. ¿Qué opina usted al respecto, abogado Guimard?

El joven estaba sentado en un sillón y juntó las yemas de sus dedos antes de dar su respuesta:

—En principio no se puede dudar de las aseveraciones de mi amigo. Pero también puede ocurrir que todo fuese una treta del asesino, destinada a causar confusión entre las personas encargadas de las investigaciones.

—Es lo mismo que he pensado yo —dijo Michelis—. El asesino ha demostrado una inteligencia sin límites, además de un exacerbado sadismo.

—Aprovechándose de que Bisson protestó siempre de su inocencia y que acusó a los testigos de haber conspirado contra él.

—Exacto. Pero puede ocurrir también que alguno de los que podríamos llamar herederos de Bisson quisiera convertirse en el único dueño de su colosal fortuna.

—Es una posibilidad enteramente admisible, inspector.

—¿Conoce usted a los testigos que declararon contra Bisson?

—Personalmente a ninguno, salvo a Vilmorin y por razones de vecindad, aunque apenas nos tratábamos. De los otros conozco los nombres, aunque puedo asegurarle que jamás he visto a ninguno de ellos.

—Eran cuatro hombres y dos mujeres —dijo Michelis pensativamente.

—Ya solo quedan tres hombres y las mujeres.

—Ambas jóvenes y hermosas.

—Eso tengo entendido, aunque no puedo juzgar por mí mismo —sonrió Guimard—. ¿Puedo hacerle una pregunta, inspector?

—Sí, claro.

—Realmente, ¿fue ejecutado Bisson?

Michelis dirigió a Guimard una mirada de reproche.

—Abogado, yo fui el que detuvo a Bisson después de cometidos sus dos crímenes…, es decir, cuando se descubrió que lo había hecho él —contestó con acento lleno de dignidad—. Y también, por imperativos de mi cargo, estuve presente en el momento de la ejecución.

* * *

Las manos de Frank Seimaud temblaban perceptiblemente. Las letras de la carta que tenía ante sí parecían de fuego:

> NO ESTOY MUERTO. HE REGRESADO PARA VENGARME DE LOS QUE ME ENVIARON A LA GUILLOTINA. VILMORIN FUE EL PRIMERO. TÚ SERÁS EL SEGUNDO.

Seimaud se pasó una mano por la cara. Había leído los periódicos y estaba enterado de la forma en que había muerto Vilmorin.

Decapitado. Lo mismo que Bisson.

La forma del instrumento cortante poco importaba. El hecho esencial era que la cabeza de Vilmorin había sido separada del resto de su cuerpo.

Había alguien que pretendía asesinarle. No le importaba su identidad en absoluto. Pero no permitiría que le cortasen el cuello.

Ya estaba decidido. Se ausentaría una larga temporada de París, hasta que todo hubiera pasado. No se quedaría allí ni un minuto más.

Bebió un trago para darse ánimos y se puso en pie. Tenía dinero en una caja fuerte escondida tras un cuadro. Además, su talonario de cheques, que podía servir en varios países. Podía esconderse sin dificultad durante un par de años.

Minutos después, salía de casa con lo puesto. Ya se compraría ropas y demás en alguna parte. Estaba bien provisto de fondos.

Arrancó a la máxima velocidad permitida. ¿Hacia el sur?

Sí, en menos de diez horas podía ponerse en la frontera

española. Su pasaporte estaba en regla. Todo marchaba bien.

Treinta minutos más tarde, algo frío se apoyó en su nuca.

—Frank, apártate a un lado de la carretera.

La voz del desconocido era un tanto gruesa, pastosa. Seimaud miró a través del retrovisor y no pudo ver otra cosa que un rostro en sombras.

Obedeció. Apenas había parado el coche, el desconocido le puso delante de la cara una gasa muy espesa, empapada en un líquido dulzón y repugnante a un tiempo.

Seimaud intentó debatirse. La boca de la pistola se apoyó todavía con más firmeza en su nuca.

—¿Prefieres que te vuele los sesos de un disparo? —preguntó el sujeto.

La elección no ofrecía duda alguna. Seimaud se quedó inmóvil. Los vapores del anestésico penetraron hasta su cerebro y, unos momentos más tarde, había perdido el conocimiento por completo.

* * *

La mujer era joven y de cuerpo opulento. Llevaba en las manos unos paquetes, que se le cayeron al tropezar con un hombre, que caminaba evidentemente distraído.

—Perdón, señora —dijo Guimard, consternado—. Juro que no la había visto…

Presuroso, se agachó y recogió los paquetes. Ella le miraba sonriendo. Sus labios eran gruesos, sensuales.

Guimard se aprestó a devolver los paquetes a su dueña. Entonces se fijó mejor en ella.

—Se necesita ser tonto para no verla, señora —añadió.

Ella continuaba sonriendo. Tenía la piel muy blanca y fina, observó el abogado.

—Si me permite, señora, la acompañaré hasta su coche.

—No tengo coche —dijo ella—. Buscaba un taxi…

—El mío está cerca. Puedo llevarla hasta su casa; es decir, si no hay graves inconvenientes.

—Ninguno, *maître* Guimard.

—Oh, me conoce usted —exclamó él.

—Vi su fotografía hace un par de semanas. La publicaron a consecuencia de un ruidoso proceso, en el que tuvo usted parte principal. Como defensor del acusado, por supuesto.

—No fue un éxito para mí —se lamentó Guimard—. El acusado, pese a todo, resultó condenado.

—Pero la pena que le impuso el Tribunal fue ínfima. Con otro abogado, estoy segura, el fiscal se habría alzado con una victoria completa.

—Es usted demasiado benevolente para mí, señora…

—Odette Wouzaski —se presentó ella. De pronto soltó una risita —. Creo que obstaculizamos la circulación, abogado.

—Sí, tiene usted razón, señora. Si es tan amable de venir conmigo…

—Será un placer —aseguró Odette.

Mientras caminaban, charlando de temas banales, Guimard contemplaba furtivamente a aquella hermosa mujer, cuya edad calculó en unos treinta años, rebosante de belleza y con gran experiencia en lides amorosas. Pero Odette era una atrayente conversadora y su voz resultaba una delicia.

Una vez en el coche, ella le indicó la dirección. Cuando terminó el trayecto, que a Guimard le pareció sumamente corto, eran ya grandes amigos.

—Me gustaría venir a visitarla otro día, señora —dijo él, en el momento de despedirse.

—Cuando guste, abogado —accedió Odette, haciendo aletear maliciosamente sus espesas pestañas.

—¿No habrá… objeciones?

—¿Objeciones? ¿Quién habría de formularlas?

—Qué sé yo… Alguien, un hombre, sin duda.

—*Maître* Guimard, no hay nadie que pueda formularme objeciones cuando yo decido recibir a un buen amigo. Basta que me telefonee, para saber si tengo algún compromiso previo; eso será suficiente.

Guimard besó galantemente la mano de Odette.

—Sí, volveré a verla, señora Wouzaski —se despidió de ella.

Y mientras volvía al coche, se dijo que había conocido a una mujer de grandes atractivos, en todos los sentidos y, además…

«¿Dónde he visto yo su cara antes de ahora?», se preguntó

mentalmente, mientras trataba de incorporarse al denso tráfico parisino del atardecer.

* * *

El guardia que se paseaba en aquel lívido amanecer, deseando que diesen las ocho de la mañana, para hacer el relevo y marcharse a su casa, vio de pronto a un coche parado junto a la acera, en un lugar en que estaba prohibido el estacionamiento.

No era misión suya corregir ciertas infracciones de tráfico, pero el coche estorbaba en aquel punto. Estaba situado frente a un garaje subterráneo y sus automóviles empezarían a salir dentro de poco, cuando sus dueños acudiesen al trabajo cotidiano. Puesto que el dueño de aquel vehículo tan mal estacionado se hallaba durmiendo en su interior, el guardia se dijo que lo despertaría y le obligaría a marchar a otra parte.

Las ventanillas del coche estaban cerradas. El único ocupante estaba sentado, con la cara apoyada en el cristal y los ojos cerrados.

«Debió de pescarla buena la noche pasada —se dijo el guardia—. Y menos mal que no ha causado ningún desaguisado; en medio de todo, fue prudente al detenerse aquí para dormir la mona».

Golpeó con los nudillos en el cristal, para despertar al durmiente.

—Eh, señor, está amaneciendo ya —dijo.

El conductor seguía dormido. Los golpes y las voces se repitieron, sin que el durmiente diera señales de despertar.

Las cejas del guardia se juntaron en un fruncimiento de enojo.

—Voy a tener que usar procedimientos más enérgicos para despertar a este granuja —masculló.

Agarró la manija de la portezuela y abrió. Al hacerlo, el cuerpo del durmiente se inclinó hacia fuera.

La mano del guardia se apoyó sobre su hombro.

—Despierte, señor…

El agente no pudo continuar. La cabeza del conductor se desprendió y cayó a la acera, en donde rebotó tres o cuatro veces, con ruidos estremecedores.

¡Cloc, cloc, cloc!

La boca del guardia se abrió y cerró varias veces convulsivamente. Quería hablar y no podía. Durante un momento creyó, incluso, que iba a perder el conocimiento al ver una cabeza a dos o tres pasos de su cuerpo, que ya estaba medio fuera del coche, inclinado hacia la acera.

Por un instante, sin embargo, el guardia llegó a pensar que se trataba de una broma de mal gusto. Pero luego, cuando vio un par de grandes goterones de color rojo oscuro, que se escurrían lentamente de aquel cuello limpiamente seccionado, se dio cuenta de la siniestra realidad.

Reaccionando, se llevó el silbato a los labios y sopló con toda la fuerza de sus pulmones.

CAPÍTULO VI

—De modo que Seimaud fue otro de los testigos que declararon en contra de Bisson —dijo Guimard.

—Así es, abogado. Y también ha sido decapitado, como Vilmorin —contestó el inspector Michelis, a través del hilo telefónico.

—Es horrible. Pero ¿quién puede tener interés en vengarse de un modo tan macabro? Porque no hay ni que suponer que lo hizo Bisson redivivo.

—Por supuesto que no, pero el asesino intenta introducir la confusión entre nosotros. En el domicilio de Seimaud encontramos una nota análoga a la que recibió Vilmorin. El mismo papel, el mismo género de amenazas, aunque con la salvedad de que era el segundo en la lista, y… el mismo carácter de letra.

—Diríase que el asesino imita la escritura de Bisson, con el fin, ya mencionado por usted, de introducir un elemento de confusión en las pesquisas.

—Exactamente. Hemos comprobado las idas y venidas de Seimaud y se sabe que salió el diecisiete a las siete de la tarde, muy de prisa, según nos dijo su mayordomo, al que no indicó adónde se marchaba. Pero el mayordomo ya estaba acostumbrado a las repentinas ausencias de Seimaud y no le extrañó su ausencia durante las dos noches siguientes.

—Es decir, faltó parte del diecisiete y el dieciocho completo.

—Sí, y su cadáver, con la cabeza seccionada, fue encontrado al amanecer del diecinueve.

—Gracias, inspector —dijo Guimard—. Ha sido usted muy amable.

—A su disposición, abogado.

Guimard colgó el teléfono sumamente pensativo. ¿Quién era el misterioso personaje que se arrogaba la venganza en nombre del reo guillotinado?

—¿Y si hubiera sido el propio Bisson?

Guimard respingó.

—¿Eh? ¿Quién…?

La puerta terminó de abrirse.

—Soy yo —sonrió Mildred Wylie—. Llamé, pero usted no me oyó y me decidí a entrar.

La puerta de su despacho estaba entreabierta y pude escuchar la última parte de su conversación. Le ruego me perdone si he sido indiscreta.

Guimard hizo un gesto con la mano.

—No tiene importancia —contestó—. Pero, dígame, ¿a qué ha venido a París?

—¿Le parece que no tenía motivos para venir a verle? Los periódicos también llegan a Resignon. Hay radio, hay televisión…

—Entonces, está enterada del suceso.

—Efectivamente. Por eso dije antes que tal vez haya podido ser el propio Bisson.

—¡Oh!, eso es absurdo, Mildred.

—¿Y si guillotinaron a otro en su lugar?

—Por favor, Mildred… No lo tome por el lado novelesco. Conozco, por lo menos, a una persona que asistió a la ejecución. Hace unos instantes estaba hablando con él: es el inspector Michelis.

—Sí, claro —dijo ella, un tanto decepcionada—. Siendo así, ya no hay duda. Pero ¿verdad que resultaría bonito que otro hubiese ocupado el puesto de Bisson?

—Terriblemente novelesco. Sin embargo, ¿quién querría hacer una cosa semejante? No se trataba, por ejemplo, de pasar diez años en la cárcel, a cambio de una importante suma de dinero, sino de poner el cuello a la guillotina.

—Sin embargo, imagínese un tipo desahuciado por la medicina. Sabe que va a morir a los pocos meses. Su familia podría recibir una gran cantidad de dinero, ¿no?

—¿Y quién se prestaría a la suplantación? Justa o no, la pena de muerte, debía ejecutarse y había autoridades suficientes como para impedir la suplantación; no se trataba de una ejecución secreta, al estilo de las que se practicaban en Venecia, bajo los Dux.

—Sí, es cierto. —Mildred se mordió los labios—. Y, sin embargo,

yo presiento que se trata del propio Bisson.

Guimard sonrió comprensivamente.

—Para que vea por sí misma que está equivocada, le pondré en contacto con otra persona, de cuyas manifestaciones usted no podrá dudar en absoluto —dijo—. Permítame un momento, por favor.

Guimard consultó su agenda y luego marcó un número en el teléfono.

—¿*Maître* Rougemont? Soy el abogado Guimard. Dispense que le moleste en su trabajo, pero… —El joven desenganchó el supletorio y se lo entregó a Mildred—. Quizá le resulte desagradable la mención y por ello debe excusar mi impertinencia doblemente…

»Se trata de André Bisson, el reo a quien usted trató de salvar de la pena de muerte…

»¿Podría preguntarle si asistió usted a la ejecución?

—Sí, amigo mío, sí. Fue un deber ineludible, aunque no por ello menos desagradable. Horrible, *maître* Guimard, horrible… Y eso que no es la primera ejecución que presencié, pero, se lo aseguro, hay cosas a las que uno no se acostumbra jamás.

—Le creo —sonrió Guimard—. Abusando todavía más de su amabilidad, ¿puedo preguntarle si asistió también al entierro?

—No, ya no fui al entierro. Pero es que ocurrió algo extraño. El doctor Saumur, quien por lo visto atendía a Bisson de cierta dolencia, se hizo cargo de sus restos, mediante una autorización firmada por el propio condenado en presencia de dos testigos, ambos vigilantes de la Santé. El director también estaba presente y fue quien me lo dijo más tarde.

—Oh, de modo que el doctor Saumur…

—Sí, él fue quien, imagino, se encargó de enterrar al pobre André. Yo siempre sostuve que era inocente, ¿sabe?, pero las declaraciones de los testigos me acorralaron literalmente contra las cuerdas. No pude hacer más de lo que hice, querido colega.

—Mil gracias, *maître* Rougemont; ha sido usted muy amable.

Guimard colgó el teléfono. Miró a Mildred. Ella parecía un tanto decepcionada.

—No hay duda, muchacha; Bisson fue guillotinado —dijo él, pasados unos instantes.

La mano de Mildred se tendió hacia el teléfono.

—Llame al director de la Santé. Puesto que él tuvo que autorizar

la entrega del cadáver de Bisson, es seguro que debe conocer el domicilio del doctor Saumur.

* * *

El día estaba gris, húmedo. Las nubes se veían muy bajas, dejándose hilachas en las ramas de los álamos y chopos que bordeaban el camino, y en las que aún no se veía una sola hoja verde.

Mildred suspiró al contemplar el paisaje, arrebujada en su chaquetón de piel.

—Y pensar que me vine a Francia, buscando sol —se quejó.

—Cometió un error en un noventa y cinco por ciento —contestó él.

—Y, ¿cuál es el cinco por ciento de aciertos?

—Haber encontrado un buen tema para su libro, haberme encontrado a mí… No compensa, pero, al menos, tampoco sale perdiendo del todo.

—Es usted un optimista incorregible. ¿O un conquistador?

—Ambas cosas —respondió Guimard quien, de repente, sin saber por qué, se acordó de Odette Wouzaski.

«Tengo que telefonearla apenas vuelva», se propuso mentalmente.

De pronto lanzó una exclamación:

—Villeveu a la vista, Mildred.

—Menos mal. Empezaba a creer que no llegaríamos nunca.

—¿Por qué? —Rió él—. Solo son ochenta y cuatro kilómetros… Ah, mire, ahí delante de nosotros pedalea un gendarme. Le preguntaremos dónde vive el doctor Saumur.

A cien metros, un gendarme, envuelto en su impermeable, se movía en su bicicleta sin demasiadas prisas, Guimard lo adelantó y detuvo el coche a poca distancia. Luego se apeó. Mildred hizo lo mismo.

El gendarme detuvo su máquina y apoyó un pie en tierra. Se llevó la mano derecha a la visera del kepis y dijo cortésmente:

—Buenas tardes, señores. ¿Puedo servirles en algo?

—Soy el abogado Guimard. Le presento la señorita Mildred

Wylie, de Londres. Ambos buscamos la casa del doctor Saumur. Usted, sin duda, podrá orientarnos.

El gendarme les dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Doctor Saumur? —repitió.

—Sí, eso mismo, agente —corroboró Mildred.

—¿Acaso pretenden comprar el solar?

—No entiendo —dijo el abogado—. ¿Es que el doctor Saumur ya no vive aquí?

—Hace tiempo que desapareció y nadie sabe de él. Lo más probable fue que pereciese en el incendio de su casa, ocurrido hace año y medio, más o menos. Fue una cosa terrible, ni siquiera las paredes quedaron en pie.

Guimard se quedó con la boca abierta.

—Desaparecido…

—Sí, señor. Mi jefe, el sargento Lenótre, opina que el cuerpo del doctor quedó totalmente carbonizado. Pero como no se encontró el menor rastro, se optó por la tesis de la desaparición.

La mano del gendarme se tendió a un punto situado a unos ochocientos metros, en la ladera de una colina.

—Allí estaba la casa. Era bastante antigua y de tres pisos. Aún se ve un cuadrado negro en el sitio donde estuvo —indicó.

Guimard frunció el ceño.

—¿Podemos ir allí? —Consultó.

—Sin dificultad, señores. Trescientos metros más adelante encontrarán la desviación. El camino no está muy bien, pero se puede llegar sin peligro.

—Gracias, gendarme, es usted muy amable.

—A su disposición, abogado. Señorita…

El agente reanudó su pedaleo. Guimard y Mildred volvieron al coche.

—¿Qué opina usted, Jean? —preguntó ella, una vez estuvieron ya en el camino que conducía a las ruinas de la casa del doctor Saumur.

—Esta vez no me siento optimista —contestó él—. Parece como si las cosas empezasen a complicarse.

—Saumur asistía a Bisson de cierta enfermedad que padecía. Pero ¿no hay médico en la prisión?

—Por supuesto. No obstante, en determinadas circunstancias, los

presos son autorizados a que sean visitados por su médico personal.

—Como en el caso de Bisson.

—Exactamente.

—Se dice que los seis testigos que declararon en su contra, lo hicieron para quedarse con su fortuna. Pero ¿toda?

Guimard hizo un gesto ambiguo.

—¿Cómo voy a saberlo yo, Mildred? —contestó.

—A él le quedaría algún dinero, me parece.

—Es muy posible. Los gastos del proceso no fueron una tontería. Y un médico personal, siempre es caro.

—Pero quizá Saumur fuese muy ambicioso y viese la ocasión de quedarse con la fortuna de Bisson…

—A menos que estuviese realizada en billetes, monedas y valores al portador, no veo cómo —alegó él.

—Los otros sí ganaron mucho dinero, Jean.

—O pensaban ganarlo, que no es lo mismo.

—Vilmorin era ya el dueño de Château Resignon, y esa posesión vale una millonada.

—Mildred, hay demasiadas ramificaciones en este caso y yo no las conozco todas —contestó Guimard—. Sería preciso investigar a fondo, pero eso es algo que no puedo hacer. No olvide usted que tengo que trabajar para vivir.

—Prosaico —le apostrofó ella maliciosamente—. ¿Y el descubrimiento de la verdad?

Guimard se echó a reír. De pronto paró el coche.

—Bueno, ya hemos llegado a lo que hace año y medio era la casa del doctor Saumur, en la actualidad desaparecida misteriosamente —exclamó.

Se apearon del automóvil. Mildred se sintió muy impresionada al ver aquellas ruinas ennegrecidas. Las paredes maestras se habían venido abajo durante el incendio, aunque se veía claramente que habían sido realizados trabajos de desescombro para ver de encontrar restos de alguna persona que, posiblemente, hubiese perecido en el incendio.

Empezó a caer una fina llovizna. Mildred sintió de pronto un escalofrío.

—Creo que ya hemos visto todo cuanto debíamos ver —dijo Guimard.

Ella asintió en silencio. Guimard pensaba que debía hablar cuanto antes con el inspector Michelis e informarle de lo que había averiguado.

—Vámonos, Mildred.

—Sí, Jean.

Al cabo de unos minutos, Mildred lanzó una repentina exclamación:

—No sé por qué, pero presiento que el doctor Saumur está vivo.

Guimard permaneció silencioso. Los limpiaparabrisas se movían rítmicamente, barriendo las gotas de lluvia que se acumulaban en el parabrisas del automóvil.

CAPÍTULO VII

—Sí —confirmó el inspector Michelis—, sabía que el doctor Saumur se había hecho cargo del cuerpo de Bisson, pero siempre pensé que era una especie de tributo debido a una antigua amistad. En cambio, ignoraba su muerte, ya que, a partir de la ejecución, dejé de preocuparme del asunto.

—Comprendo. Tengo entendido que no se encontraron restos humanos después del incendio, pero eso me parece punto menos que imposible. La casa era grande, aunque no tanto como para despedir el suficiente calor que pudiera volatilizar de una manera absoluta el cuerpo de una persona. Además, en los incendios, ya se sabe, hay derrumbamientos y los escombros protegen en parte el cuerpo de la víctima. No evitan su muerte, pero sí que sus restos se conviertan totalmente en humo.

—Eso es cierto —convino el policía—. Pero ¿por qué le preocupa tanto la suerte del doctor Saumur?

—A usted también debiera preocuparle, inspector.

—Abogado, mi interés se centra en los dos asesinatos cometidos por alguien que tiene el pésimo gusto de hacerse pasar por André Bisson.

—¿Y si fuera el propio doctor Saumur?

—¿Por qué había de serlo?

—¡Qué sé yo! Era una hipótesis solamente, inspector.

—La tendré en cuenta, aunque no me parece viable. Gracias por su sugerencia, abogado Guimard.

Había un ligero retintín de ironía en la voz del inspector. Guimard, sin embargo, lo pasó por alto.

—¿Ha averiguado algo más sobre la muerte de Seimaud? —preguntó.

—Estuvo dos días fuera, usted ya lo sabe. Según el cuentakilómetros, viajó alrededor de ciento setenta kilómetros. Caso

de que hubiera sido un simple viaje de ida y vuelta, se habría alejado de París unos ochenta y cinco kilómetros.

—Lógico —convino Guimard—. ¿Huellas del asesino?

—En absoluto. Una cabeza cortada, eso es todo.

—¿Qué dice el forense, inspector?

—Fue un corte muy limpio, instantáneo, un solo golpe. —Michelis tragó saliva—. Diríase que fue realizado con una guillotina, abogado.

—Horrible —murmuró Guimard—. Supongo que los otros cuatro testigos estarán bien protegidos.

—Algunos no querían, pero les hemos puesto bajo protección. Nos pareció elemental, después de lo ocurrido.

—Claro. ¿Ha hablado con ellos? ¿Le han dado alguna posible pista sobre el asesino de Vilmorin y de Seimaud?

—No, en absoluto, y no es que no quieran hablar ni se sientan atemorizados… Bueno, quiero decir que están intranquilos, pero no he observado en ellos nada que pueda sugerir intimidación. Estoy seguro de que me han dicho todo lo que sabían.

—Por tanto, hay que descartar a Bisson como el asesino.

Michelis soltó un bufido.

—Abogado, los muertos no asesinan —respondió.

Guimard colgó el teléfono. Sí, Michelis tenía razón, pero…

Estaba preocupándose demasiado por un asunto que, bien mirado, no le concernía en absoluto. ¿Por qué no buscar otro asunto más divertido?

Levantó el teléfono de nuevo. Dijo:

—¿Señora Wouzaski?

* * *

Odette le recibió envuelta en lo que parecía un kilómetro de velos y gasas. La espléndida cabellera de color rojo oscuro pendía suelta en largas ondas que llegaban casi hasta la cintura. Sus ojos estaban llenos de promesas, cálidamente expresadas por la sensual sonrisa de sus labios rojos y ardientes.

La casa era un tanto antigua, decorada con un estilo pasado de moda. Casi parecía de la *belle époque*. Incluso hacía un calor

asfixiante y, en un rincón, humeaba un pebetero, del que se desprendía un penetrante olor a incienso.

«Solo falta un galgo ruso», se dijo Guimard, pero no había animales en la casa.

Besó la mano de Odette.

—Bendigo los hados que nos hicieron conocernos el otro día, señora —dijo—. Fue, puedo asegurarlo, el encuentro más afortunado de mi vida.

Ella rió suavemente.

—Sabe ser galante, amigo mío —contestó—. Siéntese en ese diván y dígame qué prefiere: champaña o *whisky*.

—¡Blasfemia! La segunda palabra jamás debería ser pronunciada en nuestro país. Mi lema es, cuando estoy en compañía de una mujer hermosa, champaña o nada. Respecto a bebidas, claro.

Odette volvió a reír.

—Tiene usted un excelente sentido del humor, *maître* Guimard —dijo, mientras llenaba dos copas con el líquido burbujeante.

—Nunca me falta, por fortuna. Aunque a veces me abandona.

—¿Cuándo? —preguntó ella, inclinándose hacia el joven para ofrecerle una copa llena.

Era un gesto plenamente deliberado a hacer ostentación de sus innegables encantos corporales.

—Cuando la mujer hermosa me trata ceremoniosamente y no usa mi nombre —contestó él.

Odette se sentó en el brazo del sillón.

—Jean, ¿no? —dijo.

—En efecto. —Guimard alzó la copa—. Por nuestro encuentro, Odette.

Ella bebió, mirándole por encima del borde de su copa. Era una mirada honda, prometedora. Guimard tomó un sorbo y dijo:

—Su cara me es conocida, Odette, aunque no puedo recordar dónde la he visto antes.

—No creo tener el gusto de haberle conocido personalmente hasta el otro día, Jean —contestó Odette.

—Quizá yo esté equivocado. Ah, ya sé —exclamó él de pronto.

—Dígame, ¿dónde me ha visto?

—En sueños. Es usted la mujer a quien siempre deseé encontrar.

—Eso significa que yo soy como la mujer de sus sueños.

—Exactamente.

Guimard tomó la copa de Odette y la dejó, junto con la suya en una mesita cercana.

Luego pasó un brazo en torno a su esbelta cintura y la atrajo hacia sí.

Dada la postura en que se encontraba, Odette dio casi una vuelta sobre sí misma, para quedar sentada sobre Guimard. Los brazos del joven la estrecharon fuertemente.

—No me mire así —susurró ella—. Sus ojos brillan diabólicamente. Me siento indefensa…

—Busco su indefensión, Odette.

Hubo un momento de silencio. Luego, las dos bocas se juntaron en un beso estallante de pasión. Los mórbidos brazos de Odette emergieron de los tules como blancas serpientes, llenas de vida y calor, y se enroscaron en torno al cuello de su visitante.

Más tarde, Guimard se dispuso a abandonar a su bella anfitriona.

—¿Volverás otro día, Jean? —preguntó Odette, mimosa.

—No lo dudes —sonrió él.

Odette le abrazó de nuevo. Se besaron.

Al despedirse, Guimard quiso encender un cigarrillo. Solo usaba la pipa cuando trabajaba.

—Oh, no tengo tabaco.

Ella le entregó una pitillera de plata.

—Ya me la devolverás el próximo día —dijo.

Guimard levantó la tapa de la pitillera. En su interior, vio grabada la inscripción: *De A. B. a O. W., con amor*.

—Un antiguo admirador —explicó Odette.

—Que ha salido ya de tu vida.

Ella se había puesto repentinamente seria.

—Para siempre, Jean —contestó.

* * *

Cuando entró en su casa, había alguien esperándole. Mildred arrugó la nariz, para aspirar fuertemente el aire.

—Uf, qué peste —se quejó.

—¿Huelo mal? —preguntó Guimard, sorprendido por la presencia de la muchacha.

—Demasiado bien. Pero es un perfume anticuado. Pasado de moda. ¿Está también ella pasada de moda?

Guimard soltó un gruñido.

—Es una dama muy elegante, una auténtica parisina —contestó.

—No podía ser menos —dijo Mildred irónicamente—. Claro que yo soy una londinense paleta, que no sabe pasar de las telas a cuadros en sus vestidos…, pero eso no tiene importancia ahora.

—No, no la tiene. En cambio, sí es importante que me diga a qué ha venido usted a mi casa.

—Yo trabajo, mientras usted se divierte, Jean.

—Vamos, no me diga que soy un *play-boy*, que no conoce lo que es trabajar. ¿O es que se cree que considero como un mero adorno mi título de abogado?

—A juzgar por lo que estoy viendo, y oliendo, así parece. Si ella es pasada de moda, será también una venerable dama, ¿no?

—Mildred —rezongó Guimard—, déjese de bromas. ¿Por qué no habla claro de una vez?

—Está bien, hablaré. Mientras usted, señor ocioso, se divertía de un modo que prefiero no mencionar, por pudor, yo trabajaba.

Guimard soltó una carcajada.

—Risible —comentó sarcásticamente.

—No tan risible, don Juan de pacotilla. He averiguado algo muy interesante. Más de lo que usted cree.

—Está bien, dígalo de una vez y no se ande con rodeos.

—O. K., allá voy. ¿Sabe cuál era la especialidad del doctor Saumur?

—No mucho. Usted sí, a lo que parece.

—En efecto. Saumur hacía experimentos de vivisección con animales.

—Un investigador científico, claro.

—Quizá seguidor de Pavlov, el famoso inventor de la teoría de los reflejos condicionados. Una de las cosas que buscaba el doctor Saumur era conseguir la conexión de nervios seccionados.

—Eso lo hacen muchos…

—Pero no después de, por ejemplo, haber cortado la cabeza a un ternero.

Guimard se puso rígido.

—¿Quiere decir que conseguiría unir la cabeza al cuerpo, tras la decapitación?

—Sí.

—¿Quién se lo ha dicho?

—He investigado sobre la vida y milagros de Saumur. Logré encontrar a un cirujano que me habló de las experiencias de nuestro hombre. Consiguió algunos éxitos parciales, pero es todo lo que sabe. Un buen día, Saumur desapareció de París…

—Y se fue a Villeveu.

—Hace unos cuatro o cinco años.

Guimard se tanteó maquinalmente los bolsillos para encontrar tabaco. Notó la superficie dura de la pitillera que le había dado Odette y la sacó.

—Mildred, no irá usted a decirme que Saumur se llevó el cuerpo de Bisson para ponerle la cabeza pegada al cuello y hacerle revivir.

—Es una posibilidad, ¿no cree?

—Absurda. Irrealizable. Fantástica. Disparatada.

—¿No encuentra más calificativos? —preguntó ella irónicamente. De repente, alargó la mano y le quitó la pitillera—. Preciosa —dijo—. ¿De dónde la ha sacado?

—Es un préstamo. Me quedé sin tabaco y…

Mildred sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Reparó en la inscripción y la leyó en voz alta:

—*De A. B. a O. W., con amor*. ¿Odette, tal vez?

—Sí, así se llama —gruñó él.

—Muy hermosa, por supuesto. Usted es hombre de buen gusto.

—Siempre lo he sido, y ello quedaría justificado por el hecho de tenerla a usted como amiga.

—Gracias, generoso —dijo Mildred con sorna—. Oiga, estas iniciales me recuerdan algo.

—¿De veras?

—A. B…

—Las dos primeras letras del alfabeto. Precisamente por eso, se le dice alfabeto, Mildred.

—También eran las iniciales de André Bisson.

Hubo un momento de silencio. Mildred y Guimard se contemplaban recíprocamente, muy serios los dos.

—André Bisson —murmuró él, pasados unos segundos. Y de nuevo volvió a surgir en su mente la pregunta que le torturaba desde hacía algunos días—. ¿Dónde conocí yo a Odette?

—Lo siento —dijo Mildred—. Ese es un problema de memoria, que solo puede ser resuelto por el interesado: usted.

CAPÍTULO VIII

Claudine Beaulieu salió de su casa. Tras ella iba el agente que la escoltaba continuamente. Claudine era una mujer de unos treinta y cinco años, todavía muy bella.

Ahora, sin embargo, se sentía muy preocupada.

Vilmorin y Seimaud habían muerto. ¿Quién se había vengado de ellos?

Era preciso que hablase con los otros tres supervivientes. Tenían que resolver aquel problema que amenazaba concluir con sus vidas. No hacía muchas horas, había recibido una carta del asesino.

Todavía la tenía delante de los ojos. Aquellas letras de fuego le habían quemado las pupilas.

Era preciso hacer algo, se decía una y otra vez. Si resultaba necesario, contratarían los servicios de una buena agencia de investigación. Ahora tenían dinero: ofrecerían una suma elevada al asesino. Quizá, a fin de cuentas, lo que buscaba era solamente eso: dinero.

La carta…

Su contenido era estremecedor:

> VILMORIN Y SEIMAUD HAN PAGADO YA LA DEUDA QUE TENÍAN CONMIGO. TÚ ERES EL NÚMERO TRES EN LA LISTA. FUI A LA GUILLOTINA POR TU CULPA. LLEGARÁS A SABER LO QUE SE PASA CUANDO SE PONE LA CABEZA EN EL TAJO.

Claudine iba a pie por la acera. Había mucha gente y su paso era rápido, nervioso, tanto, que el policía de escolta tenía a veces dificultades para seguirla.

El hombre a quien iba a ver, Robert Astaud, no vivía demasiado lejos de su casa.

Prefería ir a pie, así hacía un poco de ejercicio y calmaba sus

nervios caminando.

De pronto, el agente sintió un pinchazo en el cuello. Maquinalmente, se dio una palmada en el lugar afectado. Maldijo a los mosquitos, pero, de pronto, se dio cuenta de que no era tiempo ni lugar para tales dípteros.

Un segundo más tarde, se desplomó, dándose cuenta de que perdía rápidamente el conocimiento. La gente se arremolinó en su alrededor, chillando alborotadamente.

Claudine se volvió. De repente, un brazo tiró de ella.

—Ven. Y no grites o te lleno el cuerpo de plomo.

Ella se volvió. Unos ojos negros, profundos, le miraban con expresión que parecía demoníaca.

Las piernas le temblaron de pronto. Incapaz de resistirse, se dejó llevar hasta el gran coche negro que aguardaba a pocos pasos de distancia del lugar del encuentro.

Estaba terriblemente pálida. El hombre llevaba uniforme de chófer. Algunos creyeron que el chófer socorría a su señora, indispuesta repentinamente.

El supuesto chófer abrió una de las portezuelas posteriores. Claudine entró y la portezuela se cerró con fuerte chasquido. Durante unos segundos se sintió paralizada por el terror.

De pronto, reaccionó y quiso escapar. Era imposible, las portezuelas y los cristales estaban sólidamente asegurados. Tampoco podía pasar al puesto del conductor, del que se hallaba separada por una gruesa mampara de vidrio.

El coche arrancó de pronto. Casi en el mismo instante, se corrieron automáticamente las cortinillas laterales y la posterior. Claudine percibió un olor dulzón en su compartimiento.

Empezó a perder el sentido. Vagamente, quiso hacer un esfuerzo de voluntad para intentar su última resistencia, pero todo fue inútil.

Despertó, tras haber pasado un tiempo cuya duración no habría sabido calcular.

Durante unos momentos, la cabeza le dio vueltas, hasta que, de pronto, sintió en el rostro un chorro de finísimas gotas pulverizadas, de un líquido suavemente perfumado.

El frescor del líquido la reanimó. Sus ojos se centraron. Entonces vio al hombre alto y fornido que estaba frente a sí.

El rostro le pareció vagamente conocido, aunque el gran bigote

negro alteraba considerablemente sus facciones. Claudine advirtió que estaba atada de pies y manos y sentada en una silla.

Era una postura incómoda. Pero el miedo que sentía le hacía olvidar su incomodidad.

—¿Quién…, quién es usted? —preguntó, con voz angustiada.

—¿No me conoces? —Sonrió el hombre—. Claro, estoy un poco cambiado. Pero eso me conviene, como puedes comprender.

Claudine se echó a llorar. Presentía su fin.

—Tengo dinero…, mucho dinero. Te lo daré todo… —gimoteó.

—Ya es tarde, Claudine.

El horror se adueño de la mente de la mujer.

—¿Vas… a matarme?

—Sí.

El hombre vestía una gruesa chaqueta de terciopelo y llevaba al cuello una bufanda, que desenroscó con lentos ademanes.

—¡Mira esta señal, Claudine! —exclamó—. La dejó en mi garganta la cuchilla de la guillotina, pero a ti no te quedará esa señal, porque no sobrevivirás.

Los ojos de Claudine descubrieron la espeluznante y fina línea rosácea que se enroscaba en torno al cuello del hombre. Pero ella se sentía demasiado aterrada como para tratar de argumentar con el hombre que tenía frente a sí.

—No…, no —gimió Claudine—. Tú no eres… No puedes ser… Él está muerto.

—Estoy vivo, Claudine; pero quien va a estar muerta dentro de unos instantes vas a ser tú. ¡Mira!

La mano masculina descorrió una cortina roja que separaba la estancia en dos partes.

Claudine vio el fatídico artefacto que había allí y lanzó un agudísimo alarido de terror.

A partir de aquel momento, le pareció hallarse sumida en una espantosa pesadilla.

Todavía creía soñar cuando estaba tendida de bruces sobre la tabla horizontal, que formaba parte de la máquina fatídica. Algo le sujetó en cuello con fuerza.

—Adiós, Claudine —sonó la voz del hombre.

Ella empezó a gritar de nuevo. Su voz fue seccionada súbitamente, al mismo tiempo que su cuello, por la cuchilla que

descendió de lo alto como un relámpago de muerte.

* * *

Había un gran revuelo en la residencia de Claudine Beaulieu cuando llegaron Guimard y Mildred. Uno de los guardias uniformados intentó cerrarles el paso, pero el inspector Michelis les vio y se acercó a ellos.

—Se han enterado ya de la noticia, me imagino —les dijo.

—Así es, inspector. Pregunté por usted y me informaron de que estaba aquí. Por eso vine a verle, acompañado de la señorita Wylie.

—¿Cómo está, señorita? —saludó el policía.

Mildred hizo una inclinación de cabeza. Guimard se encaró con Michelis.

—En resumen, ¿qué ha sucedido, inspector? —preguntó.

—Simplemente, Claudine Beaulieu salió a la calle, acompañada del policía que la escoltaba. A los pocos momentos, el agente perdió el conocimiento. Se sabe que alguien le disparó una flechita con un poderoso narcótico, tal vez con una cerbatana de resorte, que muy bien pudo disimularse en la mano.

»Naturalmente, cuando el agente rodó por tierra, se originó una gran confusión. Ese fue el momento que el asesino aprovechó para llevarse a Claudine. Algunos testigos han dicho que, instantes más tarde, arrancó de las inmediaciones un gran coche negro, guiado por un chófer uniformado, en el cual viajaba una mujer muy elegante. Suponemos que era la señora Beaulieu, pero no tenemos medio de confirmarlo —concluyó el inspector.

—En todo caso, fue un rapto planeado con el máximo de habilidad y sangre fría —dijo Guimard—. Pero hay una cosa que me extraña. Claudine debía de saber que se la llevaban secuestrada, y ello en medio de la calle y a la luz del día. ¿Por qué no chilló? ¿Por qué no organizó, en suma, un buen alboroto, que hubiese evitado el rapto?

Michelis se encogió de hombros.

—La atención de la gente estaba centrada en el policía caído en el suelo. Por otra parte, cabe muy bien la posibilidad de que el secuestrador la amenazase con matarla si gritaba —contestó.

—Sí, es una posibilidad digna de tenerse en cuenta. ¿No se le ocurre algún sitio al cual pudo ser conducida la señora Beaulieu?

—Lo único que se me ocurre es que antes de veinticuatro horas tendremos un cadáver decapitado —contestó Michelis sombríamente.

Un hombre se le acercó de pronto. Con las manos enguantadas, sujetaba un papel, en el que se veían unas letras de extraña fosforescencia.

—¿Inspector?

Michelis se volvió hacia él.

—Diga, Renaud.

—La letra es la misma que la de los anteriores mensajes —informó el experto—. El mismo papel, la misma tinta o pintura fosforescente…, pero ahora tenemos cierta ventaja: he encontrado una huella dactilar.

Los ojos de Michelis se iluminaron.

—¡Excelente, Renaud! Un paso, quizá muy pequeñito, pero que acaso tenga mucha trascendencia en el futuro. Lleve el papel al Gabinete de Dactiloscopia y que me informen a la mayor brevedad posible.

—Bien, inspector.

Michelis se encaró con la pareja.

—Una noticia estupenda, ¿no creen? —exclamó, muy satisfecho.

—Sí —convino Guimard—. Inspector, quiero pedirle un favor.

—Desde luego. ¿De qué se trata?

—Si se identifica al autor del mensaje, haga el favor de comunicármelo, se lo ruego —pidió el joven.

—Cuente con ello, abogado.

* * *

Guimard llenó dos copas y entregó una a Mildred.

—Veo que está un poco pensativa —dijo.

—Sí —admitió ella—. Confieso que este asunto me apasiona enormemente. Bien mirado, no debería sentir por él mayor interés que cualquier otra persona, pero no puedo evitarlo. Y a usted también le pasa lo mismo.

—Cierto, Mildred. Es un asunto fascinante, pero también macabro. Y me gustaría llegar al fondo y descubrir al culpable.

—Quizá —dijo ella lentamente— se trata de alguien que, escudándose en la supuesta identidad de un hombre ya guillotinado, comete sus asesinatos con un fin lucrativo. No olvidemos que los dos muertos eran personas adineradas, lo mismo que Claudine, de la que, desgraciadamente, no se tienen aún noticias.

—Es una hipótesis muy razonable —convino Guimard—. Sin embargo, no acabo de comprender por qué el asesino se hace pasar por un hombre que ya está muerto.

—¿Tenemos la plena seguridad de que Bisson murió?

—¡Mildred! La calidad de los testigos que presenciaron la ejecución, excluye toda superchería.

—Sí, pero…

El teléfono sonó de repente. Estaban en casa de Guimard, esperando la llamada de Michelis.

Guimard levantó el aparato. La voz del inspector sonó inmediatamente en sus tímpanos.

—Abogado, tengo una noticia desconcertante para usted —dijo Michelis.

—Creo que la adivino, inspector. La huella dactilar que han encontrado en el mensaje, es de Bisson.

—En efecto. Es de Bisson… Pero ¿cómo diablos pudo hacerlo, si yo mismo vi cuando le guillotinaban?

—¿No cabe la posibilidad de error o confusión?

—Rotundamente, no —contestó Michelis—. Esa huella ha sido examinada y comparada con las que teníamos en nuestros archivos, por media docena de personas, entre las que me cuento yo. Los exámenes han sido exhaustivos, puedo asegurarlo. A menos que se trate de una increíble casualidad cosa que es preciso excluir *a priori*, la huella pertenece al índice derecho de Bisson.

Era una respuesta contundente, que barría cualquier posible duda. A Guimard ya no le quedaba más que un recurso:

—Gracias, inspector —se despidió.

Colgó el teléfono y miró a la joven. Mildred dijo solamente:

—Bisson vive.

CAPÍTULO IX

—¡Pero eso es imposible! Bisson no está vivo, no puede ser —exclamó Guimard, mientras se paseaba nerviosamente por su sala, al día siguiente.

—Lo he presentido casi desde el primer momento —dijo Mildred—. Ignoro cómo se consiguió, pero el caso es que se hizo.

—¿Saumur?

—Sí.

—Creo que me volveré loco —dijo Guimard—. ¿Cómo se puede resucitar a un hombre al que se le ha cortado la cabeza?

—Jean, recuerde lo que averiguamos respecto del doctor Saumur. Si lo hacía con animales, ¿por qué no pudo hacerlo con un ser humano?

—No sé… Me parece tan fantástico…

—Hoy día, pocas cosas, salvo las sobrenaturales, pueden llamarse fantásticas. Hace cien años, parecía un sueño llegar a la Luna. Ya se han hecho varios viajes y la gente los considera como algo enteramente natural. Quizá Saumur era un adelantado a su época…, adelantado tal vez en cien años o más.

—Es posible —murmuró él, reconociendo las razones de la muchacha—. Pero eso representaría una técnica quirúrgica avanzadísima.

—En efecto, y si no fue así, no veo cómo pudo «empalmar» de nuevo la cabeza de Bisson a su cuerpo.

—Pero sería espeluznante. Y…

—¿Qué, Jean?

—Estoy pensando en los problemas legales que plantearía una situación de esa índole.

—Por supuesto, ya no le podrían ejecutar de nuevo por las muertes de su mujer y del amante. Esa deuda legal ya está pagada. Pero ¿qué me dice usted de los otros asesinatos? Los cometidos y los

que, sin duda, piensa cometer.

—No le digo nada. Es una situación jurídica de la cual no hay antecedentes, Mildred.

—Si lo condenasen por estos asesinatos, se podría hablar del hombre que fue guillotinado dos veces, ¿no cree?

—A veces pienso si no estamos disparatando —exclamó él de mal humor.

—No, no disparatamos, Jean —contradijo Mildred—. Y le voy a hacer dos sugerencias, de las que espero mucha ayuda.

—Hable, la escucho.

—Primero, ¿dónde fue enterrado Bisson?

Guimard se quedó parado.

—La verdad, no se me había ocurrido pensar en eso —confesó.

—Es preciso averiguarlo —dijo ella—. El doctor Saumur se hizo cargo de su cuerpo, pero ahora Saumur está muerto o ha desaparecido y su casa se encuentra en ruinas.

Alguien, a la fuerza, ha de saber dónde enterró Saumur a… a su cliente. Si es que lo enterró, claro.

—Muy bien, se investigará. ¿Cuál es la segunda sugerencia?

Mildred se levantó y tomó una pitillera de plata que había sobre una mesa y la levantó en alto.

—Entérese del significado de las iniciales A. B., extrañamente coincidentes con las del nombre de André Bisson —dijo—. Creo que fue usted el que mencionó que conocía o había visto alguna vez a Odette Wouzaski, aunque no recuerda dónde la vio.

—Sí, es cierto.

Mildred lanzó la pitillera, que él atrapó al vuelo.

—Vaya a ver a Odette. Yo me encargaré de averiguar el sitio donde enterraron a Bisson —dijo.

—Para empezar, no es mala idea. Mejor dicho, son dos buenas ideas —sonrió Guimard.

El teléfono sonó de pronto.

Guimard levantó el aparato. Mildred se apoderó del supletorio.

—¿Abogado? —Era Michelis.

—Sí, inspector.

—Tengo noticias para usted. Ya hemos encontrado a la señora Beaulieu.

—¿Viva?

Michelis soltó una risa amarga.

—¡Qué cosas tiene usted! ¡Decapitada, como las otras dos víctimas! —contestó.

* * *

La puerta se abrió un poco, solo lo justo para que la dueña de la casa pudiera atisbar por la rendija.

—Oh, Jean —exclamó Odette—. ¡Qué maneras de sorprenderla a una!

—¿Soy importuno? —Sonrió él.

—No, pero me has pillado en el baño y estoy chorreando agua. Escucha una cosa: deja pasar treinta segundos y luego entra. La puerta quedará abierta. ¿Entendido?

—Sí, preciosa.

Guimard esperó el tiempo indicado y luego entró. Cerró a sus espaldas y se acercó al aparador de los licores. Del cuarto de baño llegaban ruidos inconfundibles de chapoteos en el agua.

Sonrió mientras se servía un *whisky*. De pronto, cuando había tomado un par de sorbos, reparó en un pequeño *secrétaire* situado en uno de los rincones de la recargada sala.

Una idea vino a su mente. Escuchó.

Odette seguía en el baño. Tardaría un rato en salir, porque no solo tenía que secarse sino que, además, querría arreglarse un poco.

Sin pensárselo dos veces, se acercó al escritorio y empezó a hurgar en los cajones, en completo silencio. A los pocos momentos, encontró un sobre en el que había unas fotografías.

André Bisson figuraba en ellas, junto a Odette. Pero junto con las fotografías había también un recorte de una revista gráfica.

Bisson aparecía en la imagen en el momento de entrar, esposado, en el Palacio de Justicia, custodiado por los gendarmes. El público se agolpaba a ambos lados de la entrada.

Odette aparecía mezclada con el público. Fue como un relámpago para Guimard.

Ahora lo recordaba. Había asistido en un par de ocasiones a las sesiones del juicio contra Bisson, movido por mero interés profesional. Odette también estaba en el público.

Guimard recordaba a una bella y elegante dama, que destacaba entre todos los asistentes.

Los fotógrafos habían sido vetados durante el juicio. Por eso tenían que limitarse a actuar cuando el preso entraba y salía del Palacio de Justicia. Odette había conservado una de aquellas fotografías, reproducida en la revista gráfica.

¿Qué relación había existido entre Bisson y la hermosa Odette?

Dejó todo como lo había encontrado y regresó junto al aparador. Con el vaso en la mano, le sorprendió la dueña de la casa.

—No te esperaba —dijo ella, después de ofrecerle los labios—. Tenía algo que devolverte…

—No me corría ninguna prisa. La devolución, se entiende. Estimo mucho más tu visita, querido.

Odette se había puesto una bata de encajes, de indudables atractivos visuales por el enorme escote. Le echó los brazos al cuello y le miró ardientemente.

—Te he recordado mucho —dijo con voz cálida y sensual—. En cambio, ya ves, había olvidado la pitillera por completo.

—¿Has olvidado también al que te la regaló?

Odette dejó de sonreír en el acto.

* * *

Estaba muy pálida, advirtió Guimard, y su pecho subía y bajaba con rápidos vaivenes, indicio de la alteración que se había apoderado de ella repentinamente.

—Y bien, ¿no me dices nada, Odette?

Ella se separó con brusquedad.

—Resulta de muy mal gusto mencionar a otro hombre en determinadas circunstancias —contestó desabridamente.

—Sobre todo cuando ese hombre se llama André Bisson.

—¿Y qué? ¿Era acaso un delito? Nos conocimos, intimamos; él era muy atrayente y me gustaba, eso es todo. Pero ya murió hace dos años largos. Soy joven, tengo derecho a la vida, Jean. ¿O no?

—Indudablemente, querida, aunque resulta muy extraño que un hombre que asesinó por celos, tuviese una amante. Suele suceder a veces, pero ese comportamiento, estimo, es de una total

intolerancia.

—Yo no tengo la culpa de que André perdiese la cabeza…

—La perdió, Odette —sonrió él.

—Me refiero a cuando encontró a su esposa en compañía de otro individuo. Tuvo un mal momento y…

—El fiscal probó que había cometido los asesinatos con plena premeditación. No hubo, pues, mal momento.

—Mira, Jean, yo no entiendo de sutilezas jurídicas. En lo que hizo André, no tuve la menor parte.

—Pero asistías a todas las sesiones del juicio oral.

—¿Y qué? ¿Hacía daño, acaso, a alguien? Ya no amaba a André, pero sentía hacia él una viva simpatía. Me interesaba por su suerte, eso es todo.

—Seguramente, lloraste mucho cuando le ejecutaron.

—¿Te duele que llorase por él?

—Me dolería otra cosa de ti, Odette.

—¿Por ejemplo?

—No te lo puedo decir, por ahora.

—Tienes miedo de decirlo —sonrió ella despectivamente.

—Quizá. —Guimard hizo un gesto con la cabeza—. Adiós, Odette.

Ella permaneció fría y distante, sin pronunciar una sola palabra, hasta que la puerta se cerró. Entonces, un tanto nerviosa, se sirvió una copa.

De pronto, sintió el contacto de dos manos en sus hombros desnudos.

Se estremeció.

—¿André? —murmuró.

—Querida, no cometas imprudencias —dijo el hombre que había surgido tan silenciosamente como si se hubiese filtrado a través de las paredes. La besó junto a la oreja y añadió—: Tienes un cuello precioso, pero correría un grave peligro si me traicionases.

Odette se volvió con gesto impulsivo.

—Nunca te traicionaré, nunca —exclamó apasionadamente.

El hombre sonrió.

—Entonces, ese abogado…

—Un conocido casual. Es joven, guapo, simpático… Pero eso es todo —mintió ella, temblando de pavor al pensar que podía haber

sido sorprendida en una situación muy crítica por la inesperada aparición del hombre.

—Lo celebro, querida. —Él la estrechó con fuerza entre sus brazos—. Cada día te encuentro más hermosa.

Los ojos del hombre emitían un brillo singular. Daban miedo.

Ella dejó que los labios masculinos aplastaran los suyos. Cerró los ojos. No, no quería ver aquella horrible línea roja que circundaba por completo el cuello del hombre.

Al cabo de unos momentos, se separaron.

—Odette, tienes que actuar de nuevo —dijo él.

—¿Otra vez? —Se estremeció la mujer.

—Sí. Es preciso llegar hasta el final.

—Pero, André, podrías renunciar…

—¡No, jamás! —exclamó él, con singular vehemencia—. Los seis que me enviaron al cadalso, deben morir. Luego, cuando mi venganza se haya consumado, nos iremos muy lejos de Francia, a un lugar donde podamos vivir solos y felices para siempre. Hay islas paradisíacas en los mares del Sur, ¿comprendes?

Odette se quedó boquiabierta.

—¿Qué, no te gusta la perspectiva? —preguntó él.

—Oh, sí, sí, claro… Estando a tu lado, cualquier sitio es bueno, querido —respondió Odette apresuradamente.

Pero no pudo evitar un pensamiento de frustración. ¿Irse a vivir a una isla solitaria… con lo divertido que era París?

—Está bien —añadió—. Dime qué es lo que tengo que hacer.

—Espera un poco —sonrió el hombre—. Primero quiero tomar un trago. Aunque el alcohol no me conviene mucho; me duele cuando pasa por la garganta, ¿sabes?

Odette se estremeció de horror. Aquella horrible línea roja…

CAPÍTULO X

—Ya sé dónde está enterrado Bisson —dijo Mildred, muy ufana.

—Considerable descubrimiento —exclamó Guimard, con acento humorístico—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Muy sencillo. ¿Recuerdas lo que dijo el inspector Michelis respecto al «viaje» que hizo Seimaud?

—No sé a qué te refieres…

—El coche de Seimaud recorrió ciento setenta kilómetros, aproximadamente. La mitad son ochenta y cinco. Villeveu está a ochenta y cuatro kilómetros de París.

—Oh —dijo Guimard.

—Llamé por teléfono a la alcaldía y me informaron que, en efecto, el doctor Saumur solicitó una «plaza» en el cementerio local hará un par de años. A Bisson lo enterraron allí. Lo vieron un gendarme y el sepulturero local.

—¿Muerto? ¿En la caja?

—Sí.

Guimard frunció el ceño.

—Entonces, Bisson no está vivo —dijo.

—Saumur fue por la noche y desenterró el cuerpo —afirmó ella.

—¿Te lo ha dicho el alcalde de Villeveu?

—No. Es una suposición que yo me he hecho, sin pruebas, naturalmente.

—Apoyada, sin duda, en la intuición femenina —sonrió Guimard.

—Tal vez.

—A mí se me ocurre otra idea, Mildred.

—Dígala, Jean.

—Un maniquí muy bien construido.

—Podría ser una bonita solución —admitió la joven—. Bisson ya estaba muerto. No se necesitaba más que un examen rutinario,

comprobar que en la caja había un cadáver.

Levantar la tapa, echar un vistazo y cerrar.

—Y, mientras tanto, el auténtico cuerpo de Bisson estaba…, ¿dónde estaba?

—A mí también se me ha ocurrido otra idea, Jean —dijo Mildred.

—¿Buena?

—En estas circunstancias, lógica: hay que abrir la tumba de Bisson.

—Pero yo no puedo…

—Hombre de Dios, hable con el inspector Michelis. Él sí puede pedir un mandamiento judicial, para la exhumación del cadáver… o de lo que haya en aquella tumba.

—Sí, es cierto. Confieso que no se me había ocurrido —sonrió él —. Ahora mismo lo llamaré, Mildred.

Momentos después, Guimard explicaba a Michelis el resultado de sus discusiones.

Mildred escuchaba atentamente, a través del supletorio, y pudo oír claramente la airada respuesta del policía:

—¡Eso es un disparate!

* * *

—Sigo pensando que es un disparate —dijo Michelis al día siguiente, cerca ya del anochecer, mientras dos hombres sacaban tierra de la tumba, en cuya cabecera se veía una cruz, con una sencilla inscripción.

Además de los sepultureros estaban el gendarme que había presenciado el enterramiento de Bisson y el alcalde de Villeveu, acompañado de su secretario. Igualmente asistía el forense local, quien había entregado a todos los presentes sendas máscaras antisépticas, impregnadas de un fuerte desinfectante, cuyo olor anularía al que se desprendería del ataúd al ser abierto.

Las piernas de Mildred temblaban de cuando en cuando. El silencio era absoluto, salvo el tétrico ruido de las paletadas de tierra que eran extraídas de la sepultura.

Una de las palas produjo de pronto un ruido distinto a los

anteriores. Mildred volvió a estremecerse: los operarios habían alcanzado ya el féretro.

Dos faroles iluminaban la escena con tétricos resplandores. La tierra que cubría la tapa del ataúd fue apartada por completo.

Uno de los sepultureros descendió al fondo de la tumba, provisto de las herramientas adecuadas. Trabajó unos momentos y, al fin, levantó la tapa.

Mildred volvió la vista a un lado, sintiéndose incapaz de contemplar aquel horrible espectáculo. De pronto, oyó un grito:

—¡Esos son los restos del doctor Saumur!

Era el forense quien había hablado. Guimard apartó los ojos del cadáver que yacía en el ataúd, desfigurado al cabo del tiempo por el proceso natural de la corrupción.

—¿Está seguro, doctor? —preguntó.

—Bisson medía casi un metro noventa. Ese cadáver que hay ahí no llega al metro y sesenta y cinco centímetros. Además, es muy ancho de hombros, como lo era Saumur; fue un hombre casi bajo, fornido, tremendamente robusto. No, señores, les aseguro que no me equivoco.

Michelis hizo un gesto de asentimiento.

—Exámenes posteriores nos permitirán determinar la identidad de esos restos humanos —dijo—. Pero yo también puedo asegurar una cosa: ese no es el cadáver de Bisson.

De pronto se volvió hacia el gendarme.

—Usted le vio antes de que lo enterrasen, ¿no es cierto? —preguntó.

—Sí, señor, y era un hombre mucho más alto y delgado… Además, tenía una gran venda en torno al cuello… —El pobre gendarme se interrumpió de pronto y echó a correr, acometido por fuertes arcadas.

Michelis se volvió a uno de los agentes que le habían acompañado.

—Marcel, será preciso hacer todo lo necesario para identificar esos restos —ordenó.

—Bien, señor, yo me encargaré del asunto —contestó el agente.

Guimard agarró a Mildred por un brazo y la apartó de aquel lugar. Michelis les siguió.

—Inspector —dijo Guimard—, supongo que los tres testigos

supervivientes estarán bien protegidos, más que la señora Beaulieu.

—Descuide, abogado; ya he tomado mis disposiciones al respecto. No se cometerán más asesinatos, aunque encontrar al asesino será muy difícil. Pero no imposible, desde luego.

—Es preciso tener en cuenta una cosa, Michelis: debe buscar a Bisson. Bisson vive y va a vengarse de quienes le enviaron a la guillotina.

Michelis parecía desmoralizado. Se llevó una mano a los ojos y murmuró:

—¡Dios mío! ¿Cómo puede revivir un hombre que ha sido guillotinado?

Era una pregunta a la que ni Guimard ni la muchacha estaban en condiciones de responder.

* * *

—Hay muchas incógnitas por aclarar, entre las cuales, lógicamente, figura en primer lugar la forma extraña y, ¿por qué no?, maravillosa, en que el doctor Saumur logró suturar la cabeza al cuerpo de Bisson y hacerle revivir —dijo Guimard—. Pero hay otra que, aun no siendo tan importante, me parece tiene un innegable interés, y es: ¿dónde lo hizo?

Mildred removió con la cucharilla el azúcar de su taza de café. Estaban en el comedor de la posada de Villeveu, en donde habían decidido quedarse aquella noche, a fin de evitarse un incómodo regreso a París.

—Tiene usted razón —contestó—. Es evidente que Saumur tuvo que realizar experiencias antes, de tal forma, que no podía fallar en el momento decisivo, esto es, cuando tuvo que actuar con Bisson. Por tanto, y en mi modesta opinión, debía de contar con un laboratorio montado con los más modernos aparatos, muchos de los cuales, es forzoso pensarlo así, debieron de ser ideados y construidos por él mismo. Pero ¿dónde está ese laboratorio?

Guimard se frotó la mandíbula con aire perplejo.

—Lo recuerdo muy bien —murmuró—. La víspera de la ejecución yo estaba reunido con unos amigos, en casa de uno de ellos. Precisamente asistió el doctor Saumur, al cual le hicieron

algunas preguntas relacionadas con los efectos de la guillotina en un ser humano. Saumur, por supuesto, se negó a contestar.

—Hubiera sido muy interesante escuchar su opinión, ¿no cree?

—Así es, Mildred. Pero aquella noche, y ahora lo veo con toda claridad por los motivos, se mostraba sumamente retraído y preocupado. Yo pensaba, como todos, que era por tener que asistir a la ejecución de su paciente, cosa que iba a hacer a petición del propio Bisson. Pero lo que le preocupaba era la sensacional operación que iba a realizar.

—¿Lo sabría Bisson?

—Indudablemente. Por eso dicen que marchó tan sereno al cadalso. Claro que, aun así, le quedaba la duda acerca del éxito de la operación, pero siempre contaba con una posibilidad de que han carecido los demás guillotinados.

—¿Sentiría dolor, Jean? —musitó Mildred.

—Tuvo que ser una cosa muy breve. La pérdida de consciencia sobrevino a los pocos instantes.

—Sí, el cerebro quedó sin riego sanguíneo…, pero, aun así, debe de ser espantoso.

Durante unos segundos, que parecerán un siglo, el guillotinado sabe perfectamente que le han cortado la cabeza. ¿Qué angustias y torturas mentales no sufrirá durante esos cinco o diez o quizá hasta treinta segundos? Le parecerán un siglo de horror infinito, estoy segura de ello.

—Estamos hablando de un tema muy poco agradable, Mildred. ¿Por qué no volvemos a lo que comentábamos antes?

—¿Se refiere al lugar donde Saumur hizo su operación?

—Sí, justamente.

—La casa quedó completamente destruida en el incendio. Sin embargo, no he oído hablar del hallazgo de restos de un laboratorio o quirófano.

—Posiblemente, lo hizo en algún sótano, Jean.

Guimard frunció el ceño. De pronto, se puso en pie.

El gendarme que había existido a la exhumación cenaba en una mesa no lejana de ellos. Guimard se acercó y conversó brevemente con él.

Luego regresó junto a la muchacha.

—Dice que no encontraron restos que no fuesen los corrientes en

una casa incendiada, me refiero a muebles y demás. Claro que lo que encontraron fueron restos de un frigorífico, una lavadora… Tienen partes metálicas incombustibles; todo lo que era madera ardió hasta la última astilla.

—¿Qué me dice usted del sótano?

—El gendarme no sabe nada. Es relativamente nuevo, aunque opina que una casa como la del doctor Saumur bien pudo tener sótano.

Mildred se inclinó hacia el joven, con los ojos muy brillantes.

—¿Le parece que vayamos mañana a ver si encontramos la entrada a ese sótano, que debió de ser en tiempos un antro de horror?

Guimard sonrió.

—Hubo un tiempo en que pensé entrar en la Policía —dijo.

—Y desistió de su idea.

—Intervine en un pleito de relativa notoriedad y… Bueno, aquí estoy, haciendo por cuenta propia lo que no quise hacer por cuenta del Estado.

—Entonces, ¿iremos mañana a la casa del doctor Saumur?

—Sí, Mildred, sí, iremos —contestó él con la sonrisa en los labios—. Porque usted solo dejaría de hacerlo si estuviese encadenada.

—Exactamente —corroboró ella sin pestañear.

* * *

De pronto, Mildred creyó notar una presencia extraña en su dormitorio.

Dormía profundamente y se despertó de un modo inesperado. Sin embargo, no hizo el menor movimiento.

Percibió una respiración ligeramente agitada. Entreabrió los ojos y vio una sombra que se movía muy despacio por la habitación.

Era un hombre altísimo, corpulento, vestido enteramente de negro. Llevaba una linterna en la mano, con la cual se alumbraba para no tropezar con los muebles.

De pronto, pasó por delante de un antiguo armario ropero, con espejo externo. El resplandor de la linterna se reflejó parcialmente

en el vidrio azogado. Los ojos de Mildred captaron una fina línea rojiza en el cuello del individuo.

El corazón empezó a latirle alocadamente dentro del pecho. A pesar de todo, un oscuro instinto la hizo permanecer quieta, simulando que dormía, aguantándose con todas sus fuerzas los deseos de prorrumpir en un alarido de puro miedo.

Pero no gritó. Si lo hacía, Bisson la mataría y, por el momento, parecía dispuesto a respetarla.

El intruso dejó algo sobre la mesita de noche. Mildred estaba a punto de estallar. Bajo las ropas de cama, sus uñas se crispaban contra la sábana inferior.

La luz de la linterna cayó un instante sobre su rostro. Mildred procuró que no se alterase el ritmo de su respiración.

Al fin, y tras un tiempo que se le hizo interminable, el intruso se marchó. Mildred dejó pasar todavía un buen rato antes de encender la luz.

Cuando lo hizo, se dio cuenta de que tenía el cuerpo empapado en sudor. Sus manos le temblaban convulsivamente y tuvo que esperar unos minutos hasta recobrar la tranquilidad de sus nervios.

Entonces fue cuando reparó en el papel que había sobre la mesilla de noche. Lo tomó con mano trémula, y leyó:

> DÉJENME EN PAZ. YO NO LES HE HECHO NADA. NO ME GUSTARÍA VERME OBLIGADO A CAUSARLES NINGÚN MAL, PERO SI NO HAY OTRO REMEDIO, LOS MATARÉ A AMBOS.

CAPÍTULO XI

—Bisson está vivo.

—Eso ya lo sabemos, Mildred —contestó Guimard a la mañana siguiente, mientras dirigía el coche hacia las ruinas de la casa del doctor Saumur.

—Usted lo sabe por deducción. Yo lo sé porque le he visto.

Guimard lanzó una fuerte exclamación, a la vez que se volvía para mirar a la muchacha.

—¡Cuidado! —gritó ella—. ¡Que nos salimos del camino!

El abogado enderezó el coche.

—Mildred, ¿quiere explicarse de una vez? —pidió, entre impaciente y enojado.

—Aguarde a que hayamos llegado —contestó ella.

Momentos más tarde, se apeaban del coche. Mildred sacó la nota que Bisson había dejado en su mesilla de noche y se la entregó.

Guimard la leyó en silencio. Mildred le explicó a continuación lo sucedido.

—Pero, chiquilla, ¿por qué no gritó pidiendo socorro? ¿Por qué no me llamó?

—¿Me toma por loca, Jean? En aquellos momentos, lo que yo quería era vivir. Bisson me hubiera matado de haberse dado cuenta de que estaba despierta. Lea, lea otra vez lo que dice la nota y comprenderá que tengo toda la razón.

El joven asintió.

—Sí…, y sin embargo, ¡qué ocasión tan estupenda para haberle atrapado! —dijo.

—Jean, en esos momentos yo estaba muerta de miedo. Fíjese, él incluso me enfocó la luz de su lámpara a la cara. Cuando no grité anoche, creo que ya no gritaré en otra ocasión, por muy apurada que me encuentre.

—En cambio, a mí no me dejó ninguna advertencia.

—¿Para qué? La nota va dirigida a los dos. Bisson sabía que yo se lo diría a usted muy pronto. No era necesario arriesgarse más que una vez. Por otra parte, usted es fuerte. A él no le conviene enzarzarse en una pelea con un hombre robusto. A mí, en cambio, me hubiera dominado fácilmente.

—Es cierto —convino Guimard—. ¿Le vio la cara?

—No muy bien. Me di cuenta de que tiene un gran bigote… y le vi la cicatriz en el cuello.

—La línea de sutura.

Mildred tragó saliva.

—Sí, eso —contestó con voz ahogada.

—Bueno, ya no podemos hacer nada —suspiró él—. Salvo encontrar el supuesto sótano.

¡Al trabajo, Mildred!

Guimard abrió el maletero del coche y sacó dos gruesos bastones, de que se había provisto por la mañana, y entregó uno a la muchacha.

—Golpee en el suelo. Avíseme cuando oiga ruido a hueco.

—Sí, Jean.

Los dos jóvenes se separaron y empezaron a caminar por los escombros, en muchas partes cubiertos de hierbajos. Cuando llegaban a un lugar relativamente despejado, golpeaban fuertemente con la contera de los bastones.

De pronto, Guimard creyó percibir un sonido diferente de los demás. Repitió los golpes y lanzó un grito:

—¡Aquí, Mildred!

La muchacha corrió hacia aquel sitio, mientras Guimard volvía al coche. Recogió una gran barra de hierro que había traído consigo y se reunió con Mildred.

Golpeó con fuerza varias veces. Los ruidos sonaban a hueco de un modo indudable.

Súbitamente, se oyó un gran estruendo. El suelo se movió, como sacudido por un gran terremoto.

—¡Apártese, Mildred! —gritó él.

Saltaron hacia atrás. Un segundo más tarde, parte del suelo, en una extensión de seis o siete metros cuadrados, se hundió con gran estrépito.

Guimard se puso a gatas para mirar hacia abajo.

Aunque no entraba demasiada luz en el sótano, pudo ver lo suficiente para tomar instantáneamente una decisión.

—Volvamos a Villeveu —dijo—. Es preciso que avisemos al inspector Michelis con la mayor urgencia posible.

* * *

Los policías y los expertos se movían por el laboratorio, examinando lo que había allí con toda escrupulosidad. Había también un arquitecto oficial, además del médico de Villeveu. Un par de científicos de gran renombre tenían anunciada su llegada.

Guimard y Mildred contemplaban las operaciones, como testigos interesados. Michelis se acercó a ellos de pronto.

—Tuvieron una buena idea al pensar en la posible existencia de un sótano —dijo.

—La casa era bastante antigua. Nos pareció lógico —contestó el abogado.

—Sí, y en cambio, en Villeveu a nadie se le ocurrió nada semejante, Pero, a lo que parece, se trataba de un pequeño sótano, que luego Saumur hizo ampliar en secreto, trayendo los operarios de otra parte.

—El sótano resistió los efectos del fuego y del derrumbamiento —dijo la muchacha.

—Desde luego, pero quedó resentido y, además, durante dieciocho o veinte meses ha llovido y nevado en esta región, además del sol del verano. Todo ello debilitó la estructura superior, según el arquitecto, lo cual hizo que cediera tras unos fuertes golpes.

—Entonces, ya no cabe duda: Saumur «resucitó» a Bisson y este, en pago, le asesinó.

—Me pregunto por qué lo haría —murmuró Mildred.

—Está bien claro —contestó el policía—. Saumur era el único que sabía que Bisson está vivo. Por tanto, Saumur debía morir.

—Para que él pudiera ejecutar su venganza —dijo Guimard.

—Justamente.

—Lo que significa que Saumur lo hizo guiado exclusivamente por sentimientos altruistas o amistosos, aparte del interés científico,

claro está.

—Así debió de ser —suspiró Michelis—. Pero si las tres víctimas de Bisson murieron, como parece, guillotinadas, aquí no se ha encontrado nada remotamente parecido con una guillotina.

—¿Cree que habrá construido una? —Se estremeció Mildred.

—Estoy por apostar algo a que ha hecho padecer a sus víctimas la misma suerte que él sufrió cierto día, hace más de dos años, señorita.

—Un notorio caso de sadismo —murmuró Guimard—. Bien, inspector, creo que nosotros no tenemos ya nada que hacer aquí. Con su permiso…

—Por supuesto —accedió Michelis—. Lástima que Saumur muriese; sus experiencias podrían haber resultado de gran utilidad para la ciencia.

Guimard y la muchacha volvieron a la superficie por la escalera que unos operarios de Villeveu habían colocado, a fin de proporcionar un fácil acceso al sótano.

Momentos más tarde, ya en el coche, arrancaban en dirección a París.

—Estoy pensando en algo que ha dicho el inspector —habló Guimard, al cabo de un rato de silencio.

—¿Sí, Jean?

—Sospecho que Saumur no era el único que conocía la «resurrección» de Bisson. Casi podría asegurar que hay otra persona que lo sabe.

—¿Odette Wouzaski?

—Sí, Mildred.

—¿Irá a verla?

—Esta misma tarde —contestó él.

—En cambio, yo estoy pensando en otro problema, Jean.

—¿Cuál es, si se puede saber, Mildred?

—¿Dónde está la guillotina con la cual ejecuta Bisson su venganza?

* * *

—Cuando sale a pasear, va siempre con dos policías —dijo

Odette—. Es imposible burlar la vigilancia, ¿comprendes?

—Tú podrías hacerlo —sugirió el hombre.

—¿Cómo?

—Ya sabes a las horas a las que Astaud sale, más o menos. Procura cruzarte con él, finge un desmayo y…

—Es muy comprometedor —se quejó Odette.

—Se formará un gran alboroto. Los policías cuidarán de ti. Y yo estaré en las inmediaciones para ocuparme de Astaud.

Odette se estremeció.

—Pero, André…

—Haz lo que te digo —exclamó él imperativamente.

—Es que yo…, yo no…

—Odette, dentro de muy poco nos iremos a los mares del Sur. Allí viviremos larga y plácidamente. ¿No te seduce la perspectiva?

Ella se mordió los labios.

—Sí, André —contestó con acento cansado.

Y colgó el teléfono.

Sentíase horriblemente indecisa. En cierto modo, comprendía las ansias de venganza de Bisson, pero lo que no le gustaba en modo alguno era el panorama que le esperaba en el futuro.

Un par de semanas, un mes quizá en una solitaria isla de los mares del Sur, bueno; pero ¡toda la vida!… «¡Horrible!», pensó.

¿Debía avisar a la policía?, se preguntó.

Era peligroso para ella, decidió finalmente. La considerarían como cómplice de tres asesinatos. No la condenarían a muerte, pero la perspectiva de pasarse entre rejas un buen puñado de años, era aún peor que la que le ofrecía Bisson.

De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió. Era Guimard.

—¡Hola, Jean! —saludó alegremente.

El joven llegaba en un momento muy oportuno. Su compañía le haría olvidar los problemas que atenazaban su mente.

Saltó a su cuello y le besó con avidez no disimulada.

Luego le miró con ojos en los que había un brillo equívoco.

—Querido —suspiró, frotando su mejilla contra la de Guimard, a la vez que ronroneaba como un gato satisfecho.

De pronto, se dio cuenta de la frialdad de su visitante.

—¿Qué te pasa? —exclamó—. Te encuentro extraño…

—He venido a hablar contigo de algo muy serio, Odette —dijo el joven.

Ella se atusó el cabello con gesto maquinal.

—Muy bien, te escucho —respondió.

—Bisson está vivo.

Odette palideció en el acto. Pero, recobrándose con gran rapidez, se echó a reír.

—Bisson está vivo —repitió—. Tienes unas cosas muy divertidas, cariño.

—Odette, tú sabes que digo la verdad. ¿Dónde está Bisson?

—En su tumba, ¿dónde puede estar? —contestó ella, a la vez que se encogía de hombros.

—Bien, en tal caso, dime dónde está la tumba.

Odette se quedó cortada.

—E…, en el Pére Lachaise… —dijo, titubeante.

—¿Cuántas veces le llevaste flores?

—Pero, Jean, ¿por qué te preocupa eso tanto? Cuando Bisson murió, ya solo era un buen amigo mío. Lo que hubo antes había dejado de existir desde hacía mucho tiempo…

—A Bisson le enterraron oficialmente en el cementerio de Villeveu. Yo mismo he visto su tumba; mal pudo ser, por tanto, enterrado en el Pére Lachaise.

Odette perdió el color de nuevo.

—¿Lo ves? —Sonrió él—. Estás pálida. Eso significa que conoces la verdad. Tú sabes muy bien que yo no miento cuando afirmo que Bisson está vivo.

Los labios de la mujer temblaron un poco.

—Jean…, ¿puedo pedirte un favor? —suplicó.

—Si está en mi mano, cuenta con él.

—Dame…, dame unas horas de plazo. Tengo que reflexionar…, no puedo conseguir ahora coordinar mis ideas… Te lo suplico… Veinticuatro horas tan solo…

Guimard vaciló.

—Está bien —cedió al cabo—. Volveré mañana a la misma hora.

Ella, mimosa, le abrazó de nuevo.

—¿No te quedas un ratito más? —pidió anhelantemente.

—Volveré mañana —contestó él con seco acento.

Odette se empinó de puntillas y le besó en los labios.

—Aquí me tendrás —prometió.

* * *

Una hora más tarde, Odette salió de su casa. Ya lo había decidido. Desaparecería de París una temporada. Era lo mejor. Ni perjudicaba a Bisson ni se perjudicaba a sí misma. Y si Bisson quería seguir adelante con su venganza, allá él.

De pronto, oyó un voz masculina:

—¡Odette!

Ella se volvió. Había un coche parado junto a la acera. El chófer mantenía la puerta abierta respetuosamente, con la gorra en la mano libre.

Odette palideció levemente.

—¿Adónde…? —dijo, sin ánimos para completar la pregunta.

—Lo sabrás en seguida —murmuró él.

Odette lanzó una mirada instintiva al cuello de Bisson. El alto cuello de la chaqueta de uniforme ocultaba muy bien la cicatriz circular.

Entró. La puerta se cerró. El coche se puso en marcha segundos más tarde.

Un minuto después, Odette estaba profundamente dormida.

Cuando despertó, se encontró atada de pies y manos y sentada en una silla.

Bisson estaba frente a ella, con un cigarrillo apagado entre los labios. Sonreía.

—Antes me gustaba mucho fumar. Ahora, el humo del tabaco me irrita horriblemente la garganta. Pero, a pesar de todo, me gusta tener un pitillo en la boca. ¿Cómo te encuentras, querida?

Odette se echó a llorar.

—Perdóname, André… Yo no te quería traicionar…

—Es posible que no, pero el abogado es un chico muy guapo. Podría hacerte perder la cabeza, ¿sabes?

—Pero…, ¿cómo has sabido que Guimard, hoy…?

Una singular sonrisa apareció en los labios de Bisson.

—Hace tiempo que, por razones de seguridad, tengo alquilado un piso en el edificio de enfrente —explicó—. Has sido muy

imprudente al abrazar y besar al abogado junto a la ventana, creyendo que nadie podría verte. Los prismáticos se inventaron ya hace muchos años, ¿comprendes?

—André, juro que no te he traicionado —exclamó Odette, desesperadamente.

—Ya te he dicho antes que el abogado podría hacerte perder la cabeza. En realidad, eso es lo que va a suceder.

—Pero, André…

Bisson se acercó a la mujer y le pasó el índice por la garganta.

—¡Qué lástima! —murmuró—. Un cuello tan esbelto, con una piel de seda…

—¡André! ¡Si me haces algo, la policía encontrará en mi casa una confesión completa! —gritó Odette—. Y tú sabes ya a qué me refiero, ¿verdad?

—Muy agradecido, Odette. Eso era algo que yo ignoraba. Me ocuparé de hacer desaparecer tu confesión.

—Te ayudé sinceramente…

—Y cuando llegó el momento crítico, yo callé y no mencioné nada de tu ayuda. Por eso fui solo a la guillotina. Pero ahora te toca a ti el turno. ¡Mira!

La mano de Bisson descorrió de golpe la roja cortina que había frente a ella. Se oyó un alarido enloquecedor.

Bisson reía demencialmente, cuando empujó a Odette a la tabla basculante, que bajó hasta ponerse horizontal al recibir su peso. Ella chillaba de manera desesperada.

El cepo bajó y sujetó su cuello, Odette forcejeaba frenéticamente, intentando desasirse de aquella argolla de madera que la mantenía encadenada a la máquina.

De pronto, Bisson dijo:

—¡Adiós, Odette!

En el último instante, ella, mediante una suprema contorsión, logró volver en parte la cabeza. Con el rabillo del ojo pudo ver la acerada cuchilla que descendía hacia su cuello.

Gritó.

La cuchilla bajaba, bajaba, bajaba…

Su filo cortó una aterrada voz humana.

CAPÍTULO XII

Guimard consultó su reloj de pulsera.

—Ya falta poco —dijo.

Mildred, sentada frente a él, con las piernas cruzadas, le miró con inquietud.

—Jean, ¿de veras cree que ella sabía que Bisson está vivo?

—No me cabe la menor duda. Es más, de un modo u otro, está relacionada con él. Ambos se relacionaron en el pasado, aunque en los primeros momentos me dijo que ya antes de que lo juzgasen por sus primeros crímenes, habían roto sus relaciones.

—Por lo visto, han vuelto a las andadas.

—Sí. Pero yo añadiría que Bisson necesita que alguien colabore con él. ¿Quién más seguro que la propia Odette?

—A mí se me está ocurriendo otra hipótesis, Jean.

—Bien, exprésela.

—Quizá sea solo un puro disparate…, pero es que me parece que un hombre tan enamorado de su mujer, como decían que lo estaba Bisson, tuviese una amante. Parece lógico que no tuviese ojos más que para su propia esposa, ¿no cree?

—Ya lo he pensado más de una vez, pero no acabo de comprender…

—Quizá lo del enamoramiento, que fue cierto en los principios del matrimonio, resultó luego una ficción. Odette es también muy hermosa, conviene no olvidarlo.

—¿Adónde va a parar usted, Mildred?

—Simplemente, Odette le ayudó a planear el crimen doble, pero algo falló y a él le condenaron a muerte. La esposa y el amante sobraban, porque a Bisson le esperaba Odette, probablemente mucho más guapa.

—Quien acabó esperándole fue la guillotina —refunfuñó él—. Y basta de especulaciones, porque es hora ya de ir a ver a la señora

Wouzaski.

Guimard se puso en pie. En aquel momento, llamaron a la puerta.

Los dos volvieron la vista maquinalmente. Tras una ligera vacilación, Guimard cruzó la sala y abrió.

Un hombre uniformado apareció ante sus ojos, sosteniendo una caja cuadrada, muy bien envuelta.

—¿Abogado Guimard?

—Sí, yo mismo.

—Para usted, señor —dijo el mandadero.

Guimard firmó el recibo y se hizo cargo del paquete, que no pesaba demasiado. Tenía forma cúbica y medía, aproximadamente, unos cuarenta centímetros de lado.

Un billete de cinco francos cambió de dueño. Guimard cerró con el tacón y volvió al centro de la estancia.

—Le envían regalos sus clientes, ¿eh? —Sonrió ella.

Sujeto al paquete con una tira de papel adhesivo, había un sobre. Dentro del mismo, Guimard encontró una breve nota: *Acéptelo con el reconocimiento de un cliente agradecido*.

Guimard hizo una mueca. Dejó sobre y tarjeta a un lado y rasgó el papel de la envoltura.

Mildred, curiosa, estaba a su lado. Guimard levantó la tapa de la caja de cartón que había bajo el papel. La muchacha gritó, horripilada.

Guimard cerró instantáneamente la tapa de la caja. Una aguda náusea subió hasta su boca.

Nunca, nunca olvidaría la patética mirada de unos ojos que él conocía muy bien y que ahora expresaban un horror infinito dentro de la caja. El macabro contenido le dijo hasta qué punto llegaba el exacerbado sadismo de Bisson.

Al cabo de unos segundos, se rehízo ligeramente. Entonces vio, sobre la tapa de la caja, otro mensaje, pintado directamente sobre el cartón:

PARA QUE DISFRUTE, UNA VEZ MÁS, DE LA BELLEZA DE ODETTE.

* * *

El inspector Michelis levantó la tapa de la caja y lanzó una ojeada a su interior.

Guimard, que le contemplaba atentamente, pudo verle palidecer.

—Horrible —murmuró el policía.

Habla dos agentes más. Michelis hizo un gesto con la mano.

—Lleven «eso» a la Morgue. Y todo el papel de la envoltura y la nota exterior, al laboratorio, para su examen —ordenó.

—Sí, señor.

Los policías se marcharon. Michelis se quedó a solas con la pareja.

—¿Y bien, abogado? —dijo Michelis.

—La señora Wouzaski sabía que Bisson estaba vivo, es todo lo que puedo decirle —contestó Guimard.

—¿Cómo lo sabe usted?

Guimard decidió que no podía ser totalmente sincero, sin comprometerse. Era preciso hablar con mucho cuidado.

—Odette y yo sostuvimos un *flirt* —contestó—. El otro día me quedé sin tabaco y ella me prestó su pitillera. Vi unas iniciales en su interior, pero entonces no les presté atención. Luego, en casa, más tarde, la señorita Wylie me sugirió que dos de las iniciales podían pertenecer a André Bisson, eso es todo.

—¿Lo admitió ella?

—Sí. Incluso dijo que en tiempos habían sido amantes, pero que rompieron mucho antes de que Bisson fuera juzgado. Ella asistió a las sesiones del juicio oral, pero, según me dijo, solo por simpatía.

—¿Tiene ahí la pitillera?

—No. Se la devolví ayer por la tarde. Había quedado citado con ella para vernos hoy nuevamente. Cuando iba salir de casa, llegó el mandadero de la agencia con el paquete.

—Ya han ido un par de agentes a interrogar a la agencia de transportes —dijo Michelis—. Perdonen un momento, por favor.

El inspector se acercó al teléfono y marcó un número. Luego dijo:

—¿Vermaine? Soy Michelis. Solicite inmediatamente un mandamiento de registro. Odette Wouzaski, Boulevard des Italiens, doscientos noventa y dos. Sí, eso es; nos encontraremos allí. Gracias.

Michelis colgó el teléfono.

—Resultará conveniente registrar el piso de la señora Wouzaski —dijo.

—Me gustaría acompañarle, inspector —manifestó Guimard.

—No hay inconveniente —accedió el policía.

—Yo no me quedo sola en casa. Iré con ustedes —dijo Mildred vivamente.

Michelis sonrió.

—Me imagino que ha debido llevarse un susto horrible, señorita —apuntó.

—No lo sabe bien —suspiró ella—. Esa cabeza…, sus ojos nos miraban como suplicándonos… Nos pedían algo que no podíamos concederle…

—Les pedían la vida —dijo Michelis filosóficamente—. Bien, vámonos.

Una hora más tarde, entraban en casa de Odette. A Guimard casi no le extrañó hallar todo el departamento completamente revuelto.

Michelis se echó hacia atrás su sombrero hongo, en tanto contemplaba el desastre.

—Una horda de salvajes se habría portado con mayor comedimiento —observó amargamente.

* * *

Estaban en un café cercano, sentados en torno a una mesa, mientras los hombres de Michelis sometían la casa a un registro a fondo. Mildred removía con la cucharilla el azúcar de su taza.

—Inspector, las muertes que Bisson comete son realizadas por medio de una guillotina, ¿no es así? —dijo.

Michelis asintió lúgubremente.

—Parece sensato admitirlo —contestó.

—Bien, en tal caso, ¿dónde está la guillotina?

—Señorita, a mí lo que me horripila es que un hombre al que le cortaron la cabeza, y yo lo vi, recuérdelo, ande por ahí cortando la cabeza a los otros.

—Eso es cierto, inspector —convino Guimard—. Pero yo estoy pensando en otra cosa, que es el origen de todo lo que sucede.

—¿A qué se refiere usted, abogado?

—Simplemente, a las muertes de la señora Bisson y de su amante. ¿Cómo es posible que un crimen, al parecer, planeado con toda deliberación y sin olvidar el menor detalle, fuese presenciado nada menos que por seis personas que fueron quienes, con sus declaraciones, enviaron a Bisson a la guillotina?

Michelis se acarició la mandíbula.

—Yo también me he hecho esa misma pregunta —le dijo—. Pero nunca he encontrado la solución.

—¿Cómo ocurrió el doble crimen? —preguntó Mildred.

—En casa de los señores Bisson, durante una fiesta. Había bastantes invitados, pero solo seis de ellos vieron al acusado realizar los asesinatos —respondió Michelis.

—Pero ¿cómo es posible que Bisson planeara su crimen en semejantes circunstancias?

—Las víctimas estaban en una habitación que daba al jardín. Probablemente se encontraron allí enviadas por el propio Bisson con algún pretexto. Seguramente Bisson debía de haber pensado en achacar el crimen a algún ladrón ocasional. Pero le vieron seis testigos.

—¿Dónde estaban los testigos?

—Hay un cenador en el jardín. Es una construcción de enrejado de madera, con muchas plantas trepadoras. Desde afuera es imposible ver al que está en su interior.

—Pero el que está dentro puede ver lo que pasa afuera.

—Sí, sobre todo, si el hecho se produce en una ventana situada a menos de veinte metros de distancia.

—Bien, inspector, en tal caso, dígame, ¿qué hacían los seis testigos en el cenador? Es un lugar ideal para las efusiones amorosas de una pareja, pero… seis personas…, ¿no le parece un poco extraño?

—Uno de ellos, no recuerdo cuál, dijo que estaban planeando una fiesta próxima y no querían otros invitados que ellos mismos —contestó Michelis.

—Yo diría mejor que estaban planeando quedarse con la fortuna de Bisson —afirmó Mildred.

—¡Señorita! En aquellos momentos, la señora Bisson y su amante estaban todavía vivos. ¿Cómo podían saber…?

—Posiblemente, no lo sabían —admitió ella—. Pero el crimen

facilitó sus planes.

—Es posible que Mildred tenga razón —intervino Guimard—. No olvidemos que, después de la «muerte» de Bisson, seis personas se convirtieron en millonarios.

—Eso es absurdo. Bisson no hizo testamento en favor de quienes habían declarado en su contra.

—No hizo testamento en favor de nadie, porque sabía que iba a revivir. Pero ellos se le anticiparon.

—¿Cómo, abogado?

—No hay más que una respuesta: falsificación de documentos.

Michelis pareció rumiar aquellas palabras durante unos momentos.

—Es muy posible —dijo al cabo.

—¿Conoce usted bien los antecedentes de los testigos, vivos y muertos?

—Regular. Confieso que no me ocupé demasiado de ellos…

—Hay uno, vivo todavía, Robert Astaud, que es abobado. No le apuntaré con el dedo índice, pero antes de convertirse en hombre rico, su fama no era demasiado buena. Sé que gastaba mucho y ganaba poco. Quizá sea ese su hombre clave, inspector.

—Me ocuparé de Astaud —prometió Michelis.

CAPÍTULO XIII

Había un gendarme uniformado ante la puerta de la lujosa mansión del abogado Astaud. En el interior, un agente de paisano vigilaba constantemente la residencia, sin perder de vista a su dueño un solo momento.

El gendarme saludó a Michelis y abrió la puerta. Michelis entró y se dirigió al otro policía:

—Gerard, quiero hablar a solas con el señor Astaud. Aguarde fuera, por favor —indicó.

—Sí, inspector.

Astaud miraba fijamente a su visitante. El abogado era un hombre de cincuenta y tantos años, vientre prominente, casi calvo y párpados bolsudos. Vestía con afectada elegancia, un tanto pasada de moda. A Michelis le pareció un viejo sátiro que vivía en los tiempos actuales.

—Supongo que será importante lo que tiene que decirme, inspector —opinó Astaud.

—Lo es —contestó Michelis—. Se trata de la fortuna que usted adquirió hace cosa de dos años.

—Una herencia…

—De un guillotinado.

—Todo fue legal, inspector —contestó Astaud altaneramente.

—Abogado, el día en que Bisson mató a dos personas, usted estaba reunido en el cenador del jardín con tres hombres y dos mujeres. ¿Puedo preguntarle cuál era el tema de la conversación?

—No hay inconveniente. Estábamos discutiendo el lugar y la forma en que íbamos a hacer una fiesta próxima.

—¿Seguro?

—Pregunte a los dos testigos que quedan con vida. Ellos le dirán lo mismo que yo, inspector.

—Nada más cierto. Ya lo declararon así en una ocasión, de

modo que sería absurdo desdecirse ahora. Pero yo pienso que lo que ustedes discutían era el modo mejor de quedarse con la inmensa fortuna de Bisson.

Astaud se puso en pie.

—¡Inspector! No le tolero…

—Siéntese —dijo Michelis, sin inmutarse—. Si es usted inocente, no debe temer en absoluto lo que yo le diga.

—Es que lo encuentro ofensivo —gruñó Astaud.

—La verdad nunca ofende, abogado. En aquella ocasión, repito, ustedes tramaban el modo mejor de despojar a Bisson de su enorme fortuna. Usted es abogado y llevaba los asuntos jurídicos de Bisson. Por lo tanto, conocía al detalle todos esos asuntos.

»Pero el inesperado asesinato de la señora Bisson y de su amante alteró sus planes, aunque en sentido todavía más favorable. Usted, por supuesto, no defendió a Bisson, ya que solo se encargaba de sus asuntos civiles. Pero mientras Bisson aguardaba el proceso, se encargó de ir preparando todo para el momento de su desaparición.

»He investigado sus antecedentes a fondo, abogado. Hace bastantes años, fue usted procesado por falsificación y malversación de fondos. Fue un asunto que costó mucho descubrir, lo que prueba que lo hizo muy bien. Al cabo, fracasó, pero esto le sirvió de experiencia años después.

»Se necesitaban cinco personas más; había dinero de sobra para todos y si solo se lo quedaba uno, podría despertar sospechas. Quizá, incluso, tenían planeado asesinar a Bisson, aunque eso no podremos probarlo. De todas formas, los crímenes que él cometió les allanaron el camino de una forma mucho mejor que lo que esperaban.

Astaud parecía abrumado.

Michelis se inclinó hacia él.

—¿Confiesa que es verdad todo lo que he dicho? —preguntó.

—Sí —contestó el abogado, con voz débil.

—Ahora, dígame una cosa: ¿Vieron realmente a Bisson asesinar a su mujer y al amante?

—Sí, sí, en eso no mentimos, lo juro. Él los mató.

—¿Recuerda si la señora Wouzaski asistió a la fiesta?

—Sí, asistió.

—¿La vio conversar aparte con Bisson?

—Una vez, en efecto. Ella parecía sentirse indispuesta… Incluso se marchó antes de… Usted ya me comprende, inspector.

—Efectivamente, le comprendo, *maître* Astaud. ¿Sabe que la señora Wouzaski ha muerto decapitada, como Vilmorin, Seimaud y Claudine Beaulieu?

Astaud se puso lívido.

—¡Decapitada! —gimió.

—Exactamente. —Michelis se puso en pie—. Abogado, creo que este asunto quedará mejor resuelto en mi despacho oficial —indicó.

* * *

—Sigo pensando en que el problema quedará resuelto cuando encontremos la guillotina —dijo Mildred.

—Podemos ir a las tiendas donde venden guillotinas. En una de ellas, seguramente, nos dirán adónde enviaron la que compró Bisson —contestó Guimard muy serio.

—Jean, esto no es cosa de broma —le reprochó ella—. He estado pensando mucho en este punto y casi estoy por asegurar que es la solución.

—¿Por qué?

—Donde esté la guillotina, tarde o temprano estará Bisson.

Guimard adoptó una actitud reflexiva.

—Sí, pudiera ser cierto —convino—. Estoy de acuerdo con usted en que Bisson ejecuta su venganza de un modo sádico y morboso, esto es, dando a sus víctimas la misma muerte que sufrió él.

—Solo que esas víctimas no han tenido a un doctor Saumur para revivir —dijo Mildred.

—Una guillotina, si bien se mira, no es un trasto que ocupa demasiado espacio, aunque sí necesita cierta altura, tres metros por lo menos.

—En un sótano, por ejemplo.

—No en el de la casa del doctor Saumur. Lo revolvieron por completo y no había otro subsótano o escondite secreto. Ese maldito artefacto tiene que estar, a la fuerza, en otra parte.

—¿Se le ocurre algún nombre, Jean?

Guimard se puso en pie. Mildred estaba sentada en un sillón,

con las piernas cruzadas y las yemas de los dedos juntas.

—Hay un detalle que todavía no hemos comentado y que casi no debería mencionar —dijo Guimard, tras una pequeña pausa—. Pero es preciso que hablemos de él.

—¿Cuál es, Jean?

—Sabemos, o suponemos, que Bisson emplea una guillotina por la limpieza del corte. Puede que sea un aparato distinto, pero los efectos son los mismos y no influyen en el resultado final. Ahora bien, los cadáveres han sido hallados sin una gota de sangre en el cuerpo; el caso de Seimaud, por ejemplo, que fue encontrado en su automóvil por un guardia y tenía las ropas limpias. ¿Por qué, Mildred?

—Seguramente, Bisson espera a que su víctima se desangre por completo, no hay otra explicación —contestó la joven.

—Es cierto, y le conviene hacerlo así, porque traslada los cadáveres lejos del lugar donde ejecuta sus crímenes. No puede ir dejando rastros de sangre…

—¡Un momento, Jean! —exclamó Mildred—. El nombre de Seimaud acaba de darme una idea.

Guimard la miró expectantemente. Ella se puso en pie.

—El coche de Seimaud, presumiblemente conducido por Bisson, viajó ciento setenta kilómetros. Es la distancia que, aproximadamente, habría recorrido en un viaje de ida y vuelta a Villeveu.

—Sí, es cierto, pero no fue allí, al menos como Seimaud como pasajero vivo primero y muerto después —contestó el abogado.

—A Villeveu no, pero, si mi memoria no peca de flaca, Resignon se encuentra justamente a ochenta y cinco kilómetros de París.

Hubo un instante de silencio. Guimard y Mildred se contemplaban con recíproca fijeza.

—Château Resignon es un edificio muy antiguo —dijo él, rompiendo el silencio—. Ha de tener, a la fuerza, algún sótano secreto…

Mildred echó a correr hacia su chaquetón. Guimard agarró el impermeable. Casi se atropellaron en sus ansias de salir al mismo tiempo.

Chocaron, se tambalearon y Guimard acabó por coger a la muchacha en brazos. Sin poder contenerse, la besó con fuerza.

—Eh, oiga, no vale aprovecharse de la situación —protestó Mildred.

—Hay situaciones que uno debe aprovechar, pase lo que pase —respondió él jovialmente.

Los ojos de la muchacha tenían una luz singular.

—Hablaremos de esto en otro momento —dijo—. Ahora tenemos algo más importante que hacer.

Momentos después, rodaban por las calles de París a la máxima velocidad permitida.

Mildred se sentía muy excitada.

—Creo que, por fin, vamos a resolver el misterio —exclamó.

—Soy de su misma opinión —contestó Guimard.

Media hora más tarde, Guimard observó que andaba algo escaso de gasolina. Paró en una estación de servicio y, mientras le llenaban el tanque de combustible, hizo una llamada telefónica.

Al arrancar, dijo:

—Creo que el inspector Michelis debe estar enterado de nuestra hipótesis.

Mildred hizo un gesto de aquiescencia. Sí, había sido una buena idea comunicárselo al policía.

CAPÍTULO XIV

La vieja ama de llaves era la única habitante de Resignon después de la muerte de su dueño. Francine les abrió con no poco asombro y luego les guió hasta la bodega, después de que los inesperados visitantes le hubieron explicado sus propósitos.

Guimard y Mildred llegaron hasta el fondo del subterráneo. Ambos comentaron la profundidad del mismo. Guimard llegó hasta el fondo del túnel y se puso a examinar sus muros con la mayor atención.

—No veo nada por aquí —dijo, a la vez que golpeaba las piedras con los puños.

Mildred le entregó un mohoso martillo que había encontrado en un estante.

—Tome, no se haga daño —indicó.

Guimard le dio las gracias y empezó a martillear en el muro con secos golpes.

—Estoy seguro de que el subterráneo secreto tiene que estar al otro lado de la pared —dijo.

—¿Cómo lo sabe?

—He medido la distancia que hay desde la entrada a la bodega. Suponiendo qué fuese tomada en un plano horizontal, todavía nos quedarían diez metros antes de llegar a la vertical del muro del lado este.

—Es decir, hay un hueco…

De pronto, se oyó un súbito chasquido. Parte del muro giró a un lado.

Mildred gritó.

Guimard retrocedió un paso, impresionado a su pesar. La máquina de matar se alzaba, muda y tétrica, ante ellos, a unos pasos de distancia.

Mildred tragó saliva. Guimard, rehaciéndose, dio un paso.

Debajo del punto donde caía la cuchilla en el suelo, había un negro orificio circular, de unos cincuenta centímetros de diámetro. «Por aquí se va la sangre de las víctimas», pensó.

Al otro lado había una cortina roja. Guimard avanzó resuelto, seguido de la muchacha, y descorrió la cortina.

Una sombra negra se alzó ante ellos. Mildred chilló.

Guimard quiso atacar, pero entonces sintió un chorro de vapor dulzón en pleno rostro.

Trató de mantenerse en pie, pero todo empezó a girar vertiginosamente a su alrededor. A Mildred le sucedió algo parecido.

El joven cayó a gatas. Se dio cuenta de que no había perdido por completo el sentido, pero la inhalación de gas le había dejado sin fuerzas. Vagamente se dio cuenta de que le ataban de manos y pies y que lo dejaban sentado en una silla, situada al otro lado de la cortina.

Al cabo de unos pocos minutos, empezó a recobrar el conocimiento. Entonces vio a Bisson frente a él, mirándole burlonamente, con la sonrisa del triunfo bajo el gran arco negro de su bigote.

* * *

Mildred estaba en una silla contigua, igualmente atada, aunque con la cabeza doblada sobre el pecho. Era evidente que la muchacha no había recobrado aún el conocimiento.

—No nos conocíamos personalmente, *maître* Guimard, a pesar de que fuimos vecinos en otros tiempos —habló Bisson—. Y me parece que la ocasión no es la más propicia para felicitarse del conocimiento.

—Así es —admitió Guimard secamente—. Bisson, ¿se da cuenta de lo que ha hecho?

—Nunca he dejado de saberlo, abogado. Pero sospecho que dentro de poco ustedes ya no tendrán que preocuparse por mis actividades.

—Piensa guillotinarnos, ¿no es así?

Bisson soltó una larga y siniestra risa. Se inclinó, tomó un pote

que había en el suelo, con un pincel, y empezó a pasar este por las ranuras internas del armazón del aparato.

—Es preciso engrasar bien, para que la cuchilla baje rápida y la muerte se produzca instantáneamente —agregó—. Bueno, un guillotinado nunca muere en el acto, pero de todas formas es rápido.

—Usted tiene motivos para saberlo, ¿no es así?

—Cierto. Siempre fui un hombre fuerte y robusto. ¿Me creerá si le digo que conservé el conocimiento durante más de un minuto, después de que mi cabeza se hubo separado del cuerpo?

Mildred lanzó un gemido. Acababa de despertar, justo cuando Bisson pronunciaba sus últimas frases.

—¿Le dolió? —preguntó Guimard.

Bisson hizo un gesto ambiguo.

—No sé qué decirle. Tengo entendido que la amputación traumática de un miembro, cuando es instantánea, no causa dolor alguno. Los nervios tardan algo en reaccionar; solo se siente un choque, un golpe… como me pasó a mí. Frío sí sentí, bastante, pero cuando ya llegaba el dolor perdí el conocimiento.

—Y lo recobró en el laboratorio de Saumur.

—¡Cuántas cosas han averiguado ustedes! —exclamó Bisson irónicamente—. Pero debieron hacer caso del aviso que dejé en la habitación de la señorita en la posada de Villeveu. Este es un asunto estrictamente personal mío y no tolero injerencias de ninguna clase.

—Nos va a matar —gimió Mildred.

—Cállate —dijo Guimard con acento imperativo—. Sigamos, Bisson.

—¿Sí? —contestó el asesino, indiferentemente.

—Háblenos del doctor Saumur y de sus métodos. ¿Cómo hizo para…, para ponerle de nuevo la cabeza en su sitio?

—Bueno, sería muy largo de explicar y ni yo mismo estoy en condiciones de hacerlo. Yo había financiado en otros tiempos parte de sus experimentos y, cuando me vi en la cárcel, pensé en la posibilidad de acabar en la guillotina. Entonces lo llamé y empezó el tratamiento. Oficialmente, me trataba una incipiente arterioesclerosis; en realidad, lo que hacía era preparar el cerebro para una eventual anemia, cosa que debía evitar en el mayor grado posible.

—Y lo consiguió.

Bisson sonrió a la vez que se abría con una mano el cuello de la camisa.

—Aquí estoy —dijo. El pote con la grasa y el pincel habían quedado ya a un lado—. Luego… Bueno, sería muy complicado explicar el procedimiento que empleó para la sutura de nervios, vasos y músculos… Tuvo que hacerme grandes transfusiones de sangre, claro que todo lo tenía ya preparado de antemano, pero al fin triunfó. No se vayan a creer, pasaron seis meses antes de que me sintiera completamente bien.

—Y entonces, «agradecido», lo mató y lo puso en el ataúd que ocupaba un maniquí con su figura.

—Fue una lástima. Saumur lo hacía por interés de la ciencia y yo quería vengarme, cosa a la que él se oponía. Lo siento, pero no me quedó más remedio que hacerle ocupar mi puesto en la sepultura.

—Usted se vengaba de unos que habían declarado la verdad…

—¡Pero que ya conspiraban contra mí, para apoderarse de mi fortuna! Quizá hubieran acabado por asesinarme, con lo que entonces las posibilidades de sobrevivir hubieran sido nulas. Sí, Saumur me hizo jurar que no me vengaría, pero tuve que mentir. Nada ni nadie es importante ante mi venganza, ¿lo comprenden ahora?

Mildred se mordió los labios. Sentada frente a la guillotina, creía hallarse bajo el influjo de una pesadilla de terror.

Aquella raya roja en torno al cuello de Bisson…

—Todavía quedan tres supervivientes —dijo Guimard—. Están muy bien protegidos. No podrá asesinarlos.

—No hay prisa —contestó Bisson fríamente—. Tarde o temprano, la vigilancia se relajará. Mi aspecto es ahora muy distinto; Saumur también me cambió en parte la fisonomía. Además, empleo otro nombre. No me encontrarán, se lo aseguro.

—¿Enviará nuestros cuerpos al inspector Michelis?

—En esta bodega hay ladrillos y argamasa suficiente para dos tumbas en la pared. Con ustedes no puedo correr riesgos.

—Usted no quiere correr riesgos con nadie, ni siquiera con la señora Wouzaski.

Bisson suspiró.

—Pobre Odette —se lamentó hipócritamente—. Se inclinaba hacia usted, abogado, pero eso no era todo. Yo tenía pensado marcharme a vivir a alguna isla de los Mares del Sur. A ella no le gustó el plan. Sospecho que no tenía espíritu de compañera de un Robinson.

Mildred tenía cerrados los ojos. Rezaba fervorosamente, como jamás lo había hecho. A cada minuto que transcurría, se convencía más y más de que estaban en poder de un loco.

Saumur había podido sanar el cuerpo, pero la mente de Bisson había quedado irremediablemente afectada. La larga estancia en la cárcel, la ejecución, la convalecencia después de la fantástica operación realizada por Saumur…, todos aquellos factores se hablan conjugado para convertirlo en un individuo poseído por la obsesiva idea de cortar los cuellos de los demás.

Estaba atada de pies y manos. Dentro de poco, aquel poseso la empujaría sobre la tabla y la colocaría boca abajo, con el cuello en el cepo. La cuchilla caería desde más de dos metros y medio de altura y, con el peso de plomo añadido para aumentar el momento de inercia, cortaría su cuello con la misma fuerza que una cuchilla de diciséis toneladas cayendo desde un centímetro de altura.

¿Dónde había leído algo semejante?, se preguntó, envuelta en un aura de horror infinito. Aquellos días había repasado el tema en las enciclopedias…

De pronto, Guimard dijo:

—Bisson, quiero pedirle un favor.

—Si está en mi mano, abogado…

—Pruebe la guillotina. Ya que hemos de morir decapitados, quiero que el trance sea rápido.

—Oh, con mucho gusto —contestó Bisson con acento lleno de amabilidad—. Por cierto, ¿cuál de los dos prefiere… ir antes? ¿Quizá *miss* Wylie por aquello de «las damas, primero»?

Bisson exhaló una sarcástica carcajada, que heló la sangre en las venas de la muchacha.

Luego tocó el resorte y la pesada cuchilla descendió con profundo zumbido, concluido en un seco golpe, que hizo retumbar levemente el sótano.

* * *

Bisson tiró de la cuerda, a fin de volver la cuchilla al punto de partida. Dado el peso del artefacto cortante, se veía empleado a usar las dos manos.

De repente, Guimard se puso en pie. Todavía tenía los tobillos ligados, pero sus manos ya estaban libres. Había forcejeado disimuladamente mientras hablaba con Bisson, a fin de entretenerle, pero no podía ya perder tiempo en desatarse los pies.

Bisson lo oyó, se volvió y, lanzando un rugido de ira, se volvió, justo en el momento en que el joven, con un potente salto, caía sobre él.

La cabeza de Guimard golpeó el pecho de Bisson y lo derribó por tierra. Guimard se apoyó con ambas manos en el suelo, durante un instante, para enderezarse con prodigiosa rapidez.

Bisson también se incorporó. Mildred contemplaba la pelea con ojos desorbitados.

Obligado por las circunstancias, Guimard esperó a pie firme a su adversario.

De pronto se oyeron gritos:

—¡Alto, alto!

Bisson golpeaba en aquel momento. Guimard paró con el brazo izquierdo y luego disparó su puño derecho, poniendo todas sus fuerzas en el impulso.

Michelis y sus agentes irrumpieron en el sótano. En el mismo momento, el puño derecho de Guimard alcanzaba de lleno el mentón de Bisson.

Entonces ocurrió algo espeluznante.

Se oyó un horrible chasquido, un ruido de tejidos desgarrados… *¡y la cabeza de Bisson, separada del cuerpo, voló por los aires, dejando en su macabro viaje parabólico una chorreante estela de sangre!*

Mildred contempló la espantosa escena y se desmayó. La cabeza de Bisson cayó rebotando a los pies del inspector, quien, horripilado, dio un salto atrás. El cuerpo decapitado aunque vacilante, se mantuvo todavía unos instantes en pie, arrojando torrentes de rojo líquido, y luego cayó como un saco repentinamente vacío de su contenido.

Michelis bajó la vista instintivamente. Bisson estaba todavía vivo. Sus párpados se movían con rápidas alternativas, a la vez que su boca se abría y cerraba frenéticamente.

Pero no salía ningún sonido a través de los labios.

Guimard también lo vio. Con sus últimos momentos de conciencia, Bisson hacía una llamada desesperada, sabiendo que esta vez no podría ser atendida: «¡Saumur! ¿Dónde está el doctor Saumur?».

El abogado se volvió. Se inclinó, soltó sus tobillos y luego se acercó a Mildred, que continuaba desmayada.

Pasó con la muchacha en brazos por delante del inspector. Michelis dijo:

—Hemos llegado un poco tarde, aunque quizá haya sido la mejor solución.

Guimard asintió y se encaminó hacia las escaleras que conducían a la superficie.

—Lo que resta por hacer es cosa ya de mero trámite —dijo Michelis más tarde—. No les molestaremos demasiado, *maître* Guimard.

—Gracias, inspector.

—Hemos encontrado la entrada exterior y el coche que usaba Bisson para sus desplazamientos. Por lo visto, era un trozo de sótano muy antiguo y que nadie más que él conocía.

—Sí, parece lógico —convino el joven.

Michelis meneó la cabeza.

—Es usted un mal enemigo como boxeador —comentó—. Aunque quizá también sea un problema debido a una… sutura defectuosa.

—Quizá, pero ha sido horrible. Una espantosa pesadilla, a cuyo fin hemos llegado, creo.

La voz de Mildred sonó en una estancia vecina:

—¡Jean!

Guimard se volvió. Michelis le dio una palmada en el hombro.

—Ande, vaya a terminar con ella esa pesadilla —aconsejó.

—Ya nos veremos, inspector —se despidió el joven.

—Cuando guste, *maître* Guimard.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Luego, Guimard caminó unos pasos y se asomó a la habitación en que se encontraba Mildred.

Ella le dirigió una ansiosa mirada.

—Ya no hay motivos para sentir temor —dijo Guimard.

Mildred se esforzó por sonreír.

—Entonces… ¿todo ha terminado ya? —preguntó. Guimard avanzó hacia ella y tomó sus manos.

—No, querida; ahora es cuando empieza de veras —dijo con firme acento—. Supongo que te imaginas a qué me refiero.

—No es difícil, Jean —contestó Mildred.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Solo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.